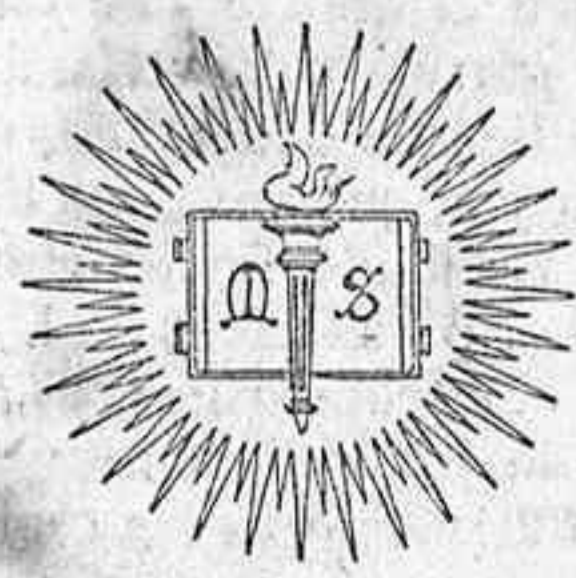


La Ilustración Artística



Año XXVI

BARCELONA 28 DE OCTUBRE DE 1907

Núm. 1.348

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL TIEMPO, estatua en mármol de Enrique Clarasó

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el cuarto tomo de la presente serie, que será

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS

interesantísima novela de costumbres americanas, original del notable escritor argentino G. A. Martínez Zuviría.

La obra del Sr. Martínez Zuviría es una novela hermosamente sentida, es el estudio de una niña, de un alma desconocida y delicada, hecho con verdadero cariño, más que por un psicólogo, por un poeta enamorado de lo grande, de lo bello y que sabe exteriorizar en forma amenisima esos sentimientos.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS interesa desde los primeros momentos, cautiva más y más á medida que la acción se desenvuelve y acaba por apoderarse enteramente del ánimo del lector, ya que al interés de su argumento se junta el encanto de un estilo elegante y castizo.

La novela lleva numerosas ilustraciones del celebrado dibujante Sr. Opisso.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. *La musa del arroyo*, por Emilio Carrère. — *Exposición de Bellas Artes de Venecia*. — S. M. el rey D. Alfonso XIII en Cataluña. — *Los ladrones de iglesias en Francia*. — *Nuestros grabados artísticos*. — Marruecos. *La embajada francesa en Rabat*. — *La reina del Prado*, novela ilustrada (continuación). — *La risa triunfante*. *El primer salón de caricaturas de Madrid*, por Manuel Carretero.

Grabados.—*El Tiempo*, estatua de Enrique Clarasó. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *La musa del arroyo*. — *El ciclón*, grupo en bronce de Tancredo Pozzi. — *A la puerta del cementerio*, cuadro de C. Wilhelmsen. — *Los caballos del sol*, tríptico decorativo de Arnoldo De Kardis. — *El hijo*, cuadro de Humberto Coromaldi. — *Barcelona*. *Reproducciones fotográficas del viaje realizado por S. M. el rey D. Alfonso XIII á Barcelona y varios pueblos de Cataluña con motivo de las últimas inundaciones*. — *El otoño*, cuadro de H. Hartwich. — *La arquilla de Ambarac y la estatua de San Baudime, robadas en dos iglesias de Francia*. — Marruecos. *La embajada francesa dirigiéndose al palacio del sultán en Rabat*. — *Muley Ab-el-Aziz* en Rabat. — *Caricaturas de Montagud, Gómez Fresno, Opisso, Elías Feliu (Apa)* y un agua fuerte por Baroja. — *París*. M. Remond andando sobre el agua en el aparato de su invención, en el lago del Bosque de Bolonia.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Chile: el parlamentarismo. — *República Argentina*: estadística de las huelgas de 1906: el juego en Buenos Aires: situación financiera y económica: el comercio, la inmigración y la población: situación política. — *Paraguay*: la Exposición-feria. — *Bolivia*: el conflicto con la Santa Sede. — Las intervenciones diplomáticas contra los tribunales y las leyes de países hispano-americanos.

En el verano último anunciaba el presidente de Chile Sr. Montt su propósito de recorrer las provincias del Norte de la República, hasta Tacna, para darse cuenta por sí mismo de la situación y necesidades de los pobladores de esas comarcas. La Cámara de Diputados había empezado á discutir los proyectos económicos, entre ellos el presupuesto de 1908. Sin embargo, las tareas de las Cámaras inspiraban poca confianza, y en una ú otra forma la prensa venía á repetir lo que meses antes había escrito uno de los principales periódicos de la América del Sur, *El Mercurio*, de Santiago.

El artículo á que aludimos era una protesta más contra el parlamentarismo. Esas Cámaras legislan, gobiernan, administran, mejor dicho, perturban la administración y el gobierno por medio de los cambios incesantes de Ministerio que provocan los grupos revoltosos.

El anterior Congreso chileno nada hizo de provecho para el país, enredado en interminables debates sobre elecciones, sobre crisis políticas, sobre la campaña presidencial y sobre pequeños intereses que no tienen sino una relación muy vaga y lejana con el de la República.

Parece que la capacidad de discurrir y trabajar está en razón inversa de la masa: en las comisiones solía hacerse algún trabajo; en las Cámaras era imposible despachar ningún asunto de interés público con rapidez y sin un verdadero tejido de transacciones.

En Chile, como en los demás países en que impere el parlamentarismo y se carece de la cultura cívica necesaria para este sistema de gobierno, agrava el mal la falta de preparación en materia de negocios públicos con que van á las Cámaras la mayor parte

de los senadores y diputados. La investidura de representantes del país les da el derecho de intervenir en todo cuapto se refiere á la administración y á la política; pero como en muchos casos ni siquiera son capaces de medir la importancia de los asuntos que por primera vez han de estudiar en su vida, unos, los prudentes, rehuyen el debate y se limitan á votar, y otros apelan á la gárrula palabrería, á los alardes retóricos, á las habilidades dialécticas, con lo que aparentan suficiencia y adquieren fama de hombres parlamentarios, y el resultado final viene á ser, por una parte, la esterilidad ó ineficacia de las tareas legislativas, y por otra, el encumbramiento á las altas posiciones oficiales de individuos incapaces de dirigir acertadamente el servicio que les está confiado.

La epidemia social llamada *huelga* causa ya graves trastornos en la República Argentina, sobre todo en la capital. Por esto, la Oficina de Estadística municipal de Buenos Aires, en su último *Anuario*, ahora publicado, dedica un capítulo ó parte á los datos y observaciones recogidos acerca de las huelgas gremiales de 1906. Las considera, con sobrada razón, como problema que supera en importancia á todos los que presenta en la actualidad el desarrollo de la vida económica argentina. La frecuencia con que se declaran en esa gran ciudad de la América del Sur, cuya población llega ya á 1.085.000 habitantes, perturba profundamente las fuentes de la producción y toda la economía comercial del país.

Durante el año 1906 hubo 23 huelgas generales, además de las parciales; como siempre y como en todas partes, el motivo fué la aspiración de los obreros á ganar más y trabajar menos. En ellas tomaron parte 18.317 individuos, y el importe aproximado de los salarios que perdieron se estima en 1.844.000 pesos. En 3 huelgas se impusieron los obreros, quedaron vencidos en 10, y en otras 10 transigieron.

Los datos consignados no están de acuerdo con los que publicó *La Vanguardia*, órgano de la clase trabajadora manual de Buenos Aires. Según ese periódico, hubo en 1906 38 huelgas generales y 132 parciales. En 65 ganaron los huelguistas, en 75 fracasaron, en 30 transigieron. El número total de aquellos fué de 70.743.

La estadística que ahora empieza á hacer el Servicio municipal ha de perfeccionarse, gracias al nuevo departamento del Trabajo, precursor del Ministerio del mismo nombre.

Y ya que nos hemos referido á la Estadística de Buenos Aires de 1906, consignaremos como dato curioso el de las dos notas, la alegre y la triste—así las llama—con que termina la introducción de ese trabajo.

La nota alegre es el número de personas que concurren á los teatros de Buenos Aires durante el año; fueron á distraerse en ellos 3.216.968 individuos.

La nota triste es el desarrollo enorme que toma el juego en los hipódromos. A 42.218.602 pesos asciende el total de las cantidades jugadas en ellos; 11 millones más que en 1905 y 20 millones más que en 1904. Aún pueden agregarse los 30.980.000 pesos invertidos en la Lotería de la capital. El valor de las apuestas que se cruzan en otros juegos, en casinos, clubs, etc., escapa á la estadística.

La situación financiera y económica de la República es satisfactoria. La deuda interior se ha reducido, y á mediados de año había en la Caja de Conversión 120 millones de pesos oro.

La importación y la exportación tienden á equilibrarse. La primera alcanzó en 1906 la cifra total de 269.970.521 pesos oro, sin precedente en la historia del comercio exterior argentino; casi 65 millones de pesos más que en el año anterior. La exportación bajó; 292.253.829 pesos oro, ó sea 30.590.000 menos que en 1905.

El año 1906 fué el de mayor inmigración en la República; entraron en ella 366.309 individuos; descontados los que salieron, quedaron en el país 202.164. Al terminar dicho año tenía la Argentina muy cerca de 6.000.000 de almas; en 11 años, de 1895 á 1906, ha ganado 2.019.000, es decir, el 50 por 100. El crecimiento de esta República es tan rápido y constante que sobrepuja, proporcionalmente, al de todas las demás naciones durante el último cuarto de siglo.

La situación política es menos halagüeña. En algunas provincias ó Estados se nota cierto malestar y latén fermentos revolucionarios. Terminado el conflicto que hubo en San Juan, surgió otro análogo en Corrientes, y para darle solución el presidente de la República decidió intervenir. Este acuerdo no satisfizo á algunos de los ministros del gobierno central, y sobrevino la crisis, ya resuelta por el Sr. Figueroa Alcorta.

El falseamiento del sufragio es una de las princi-

pales causas de esos conflictos. Por esto, sin duda, el presidente, en el Mensaje que dirigió al Congreso en mayo último, insistía en la necesidad, ya señalada en su programa, de proseguir el desarrollo de la verdadera política constitucional, corrigiendo y suprimiendo defectos y abusos. Considera preciso extender las garantías del mecanismo electoral, para que pueda emitirse con amplia libertad el voto popular.

Con éxito brillante se inauguró en junio la Exposición-feria del Paraguay. Millares de personas la visitan, y la afluencia de público en los días festivos es extraordinaria. Sorprende el adelanto conseguido en algunas industrias del país. Ahora se trata de utilizar los pabellones construídos y dar permanencia á la exposición de productos agrícolas, ganaderos y manufacturados.

Una de las ventajas de la Exposición-feria ha sido demostrar que la República se halla en excelentes condiciones para producir ciertos artículos que hoy tiene que traer del extranjero. Tales son el arroz y gran variedad de frutos.

La valoración de la moneda paraguaya depende principalmente de la exportación; conviene, pues, procurar el acrecentamiento de ésta. Cueros, maderas, mate, tabaco y carnes son los principales, casi los únicos artículos que se exportan, puesto que entre los cinco se llevan más de los $\frac{5}{6}$ de la total exportación. El suelo y el clima se prestan perfectamente al cultivo de frutas de gran aceptación en todos los mercados del mundo, tales como naranjas, piñas, plátanos, etc. La periodicidad ó permanencia de las Exposiciones sería un gran estímulo para fomentar esos cultivos y llegar á disponer de nuevos elementos de tráfico que acaudalen la corriente de la exportación.

El Mensaje del presidente constitucional de la República de Bolivia, presentado, el 6 de agosto, al Congreso ordinario de 1907, dedica extenso párrafo á dar cuenta del conflicto con la Corte Pontificia, á que aludimos ya en la *Revista* del 2 de septiembre próximo pasado.

S. S. el papa Pío X se dignó calificar de inicuos los actos de las Cámaras bolivianas referentes al establecimiento del matrimonio civil, así como la reforma del artículo 2.º de la Constitución y la ley derogatoria del fuero eclesiástico; calificó de nefanda audacia y sacrilego atentado el derecho de promover esos actos en el recinto del Congreso, é invitó á los prelados bolivianos á combatirlos varonilmente. Así lo hicieron el venerable prelado metropolitano y los ilustrísimos obispos de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, mediante protesta, con divulgación de la carta de S. S. que contenía lo antes relacionado.

El Poder Ejecutivo estimó el hecho como acto de subversión contra los Poderes públicos, y se dirigió, por medio de la Cancillería, á la Curia Romana, haciéndole saber, en términos respetuosos, que las Cámaras bolivianas no comparten con nadie su alta facultad de dictar las leyes que, según su criterio, mejor convengan para el gobierno de la nación, y que no pudiendo consentir, de modo alguno, el desconocimiento de los principales atributos de la soberanía nacional, se había expedido la correspondiente carta de retiro del representante diplomático que Bolivia tenía acreditado cerca de la Santa Sede.

Otro punto de interés trátase en el documento á que nos referimos. Con motivo de ciertas reclamaciones pendientes ante los tribunales de Chile sobre propiedad de terrenos situados en la zona que Bolivia transfirió á aquel país en virtud del Tratado de Paz y Amistad, los que se dicen propietarios intentaron una acción conjunta de gobiernos de Europa y de América contra el de Santiago para imponerse por medio de reclamación diplomática. Invitada Bolivia, se negó resueltamente á entrar en ese *trust* de cancillerías; antes al contrario, anunció su actitud de protesta contra tal procedimiento.

Ninguna nación hispano-americana debe tolerar que los extranjeros establecidos en ella vengan á ser elementos privilegiados respecto de los mismos nacionales, hasta el punto de evadirse de la acción de los tribunales de justicia.

El derecho del inmigrante de vivir con entera libertad en el territorio de esas Repúblicas es correlativo de la obligación que tiene de aceptar en toda su integridad la jurisdicción y las leyes del país en que se ha establecido.

A toda pretensión que venga de gobierno extraño, dando á entender que se le debe implícita dependencia en cuanto concierne á intervenir, á título de protector de los suyos, en los asuntos de éstos, hay que contestar con digna y enérgica repulsa. Esa especie de tutela es incompatible con el decoro nacional.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Me invitó a una lectura

LA MUSA DEL ARROYO

Aquella noche se había celebrado el beneficio del ilustre dramaturgo, cuya última obra, *La musa del arroyo*, había alcanzado un éxito magno, portentoso, como no se recordaba otro desde los buenos tiempos de nuestros abuelos, cuando el poeta festejado era llevado en triunfo por la corte, en hombros y entre antorchas encendidas.

La caricatura del ovacionado escritor había muequeado toda la temporada en las portadas de las revistas; el aplauso á la obra maestra había sido unánime y hasta el hacha iconoclasta de los autores jóvenes se convirtió en reverente genuflexión ante el glorioso prestigio de D. Alvaro de Cereceda, periodista ilustre, Gran Cruz de Alfonso XII y candidato al primer sillón de la Academia.

Por eso la noche del beneficio se había reunido la élite de la buena sociedad en el elegante coliseo, como con su estilo peculiar diría al día siguiente Pepito Francés, el joven crítico, tan conocido en la vida literaria por sus chalecos de fantasía.

Ya se habían apagado los focos del umbral del teatro, la nota clara y sedeña del último tocado femenino desaparecía en la marcha loca de un automóvil, y en la calle solitaria, á la puerta de un café, los violines cingáros sollozaban las arias de su melancolía vagabunda.

Ante los boks de dorada cerveza, tres jóvenes ataviados de la guisa pintoresca de los artistas bohemios fumaban sus pipas, mientras el humo urdía en el espacio una flora sutil y portentosa que se desvanecía en azules penachos ondulantes.

—Yo asistí á aquel lamentable drama vulgar, presencié todos los amargos episodios de la vida del pobre Gustavo, y os juro que al ver á ese farsante recibir el homenaje de la multitud, la sombra ensangrentada de nuestro amigo se me ha aparecido pidiéndome que le vengase. Por eso en la apoteosis del triunfo me he erguido para gritarle «¡Canalla!» en pleno rostro y ante todo el mundo.

»Ya conocéis la vida del pobre Gustavo; es la vuestra, la mía, la de los escritores pobres y anónimos; hacía traducciones para los editores de Barcelona, y así vivía con cierta independencía, sin tener que rascar en esta bajorrina de la feria literaria.

»Gustavo era muy altivo y tenía una fe fanática en su talento; además le repugnaba adular á los consa-

grados; como veis, no tenía condiciones para triunfar.

»Muchas noches durmió bajo la luna, en los quicios sombríos, en los bancos de los jardines públicos, entre racimos de miserables. A veces pasaba entre la rechifla de la chusma, soñador y aristocrático, como un príncipe cubierto de harapos por ironía cruel del azar. Él tenía confianza en el tesoro que llevaba en su cerebro y esperaba, esperaba...

»Un día supimos con sorpresa que se había casado. Desde entonces fueron dos sus supremos amores en la vida: su arte y los ojos azules de su amada Lucía, profundos como mares, dulces como estrellas, de una luminosa mirada de oro que hizo amable la vida erial de nuestro amigo.

»Era una ingenua y pálida burguesita que reía locamente ante nuestros sombreros absurdos, nuestras corbatas inverosímiles y nuestras conversaciones de arte que le sonaban á una garrulería pintoresca de jerigonza.

»Se adaptó con un poco de sorpresa á nuestra pobre vida trashumante y rodó con Gustavo por los *restaurants* de sesenta céntimos el cubierto, hizo la vida loca, imprevisora y juvenil siempre resplandecientes sus bellos ojos azules. Cuando no había qué comer, Gustavo le recitaba versos que había compuesto para ella.

»Así pasaron dos años. Una noche le encontré y me dijo con voz en que vibraba la fiebre del entusiasmo que había escrito una obra, la que llevaba en su corazón desde hacía tanto tiempo, compuesta con la esencia de su propia vida, en la que flotaba la luz de oro de los ojos de su compañera con toda la poesía emocional de esa musa propicia y errante que ríe y llora en el arroyo, bajo la gloria eterna del sol, gozando del encanto del momento sin pensar en mañana.

»Me invitó á una lectura. Vivía en un pequeño nido de la calle del Rollo, en un dédalo de viejas callejuelas solitarias del antiguo Madrid. En su vivienda había un extraño é inefable perfume, una olorosa insinuación femenina, que se intensificaba al acercarse la joven esposa, vaga sensación alada que esparcía la gracia celeste de su gentil persona.

»La luna ponía un velo luminoso sobre los tejados que en aquella red tortuosa de casucas bajas formaban una pintoresca perspectiva de caperuzas bermejas; mientras Lucía preparaba la cena, Gustavo me contó sus proyectos para estrenar su obra, después

los días luminosos del éxito, y ya sobre el corcel desbocado de la fantasía, urdió un maravilloso tejido de bellos desvaríos, de admirables locuras, borracha el alma por el divino licor del ensueño y de la gloria. »El yantar fué portentoso, digno de ser descrito por Petronio; al final Lucía escanciaba el *charreuse* con su bella manita blanca, casi transparente, mirando siempre á su marido con la caricia de sus ojos celestes é ingenuos.

—»Mañana quizás no tengamos un cuarto... Pero mientras dura, miremos las cosas á través de este licor que hace bella la vida.

»Y alzó la copa de un suave color esmeraldino. Lucía sonrió gozosa y exclamó con su voz fresca y cantarina:

—»Ya ve usted qué chiquito es nuestro cuarto. ¡Parece mentira que quepa en él tanta felicidad!

»La obra que Gustavo titulaba *La musa del arroyo* me produjo el latigazo eléctrico de lo genial. Era un intenso drama conmovedor, lleno de jugoso humanismo, de arte, de gracia y de verdad y exento de arrequives retóricos. Ya veís, el público ha confirmado mi opinión.

»No volví á saber de Gustavo en mucho tiempo. Una noche del pasado otoño que caían las hojas muertas de los árboles y el ambiente estaba lleno de presentimientos, le encontré paseando por los altos del Hipódromo; estaba lúgubre y en un estado de alma verdaderamente horrible. Yo le pregunté por su obra.

—»¡Mi obra! ¡Mi maldita obra! ¡La he vendido á un idiota rico y vanidoso que me ha dado para pagar el entierro de Lucía!

»Mi asombro fué aún menor que mi dolor. ¡Aquella criatura era tan dulce, tenía unos ojos azules tan hondos y tan claros!..

—»Sí, amigo mío, Lucía ha muerto; la ha asesinado mi maldita obra maestra.

»Y prosiguió:

—»Cuando terminé el drama, me abrasó una inmensa fiebre de gloria á la que creía tener derecho. Necesitaba dinero, mucho dinero, para resarcirme de las angustias pasadas; las sedas y las joyas eran necesarias para la vida; yo quería conquistarlas para Lucía, aquel ángel inolvidable. De este modo, abandoné las traducciones, que eran el único fundamento de nuestras existencias, y antes de que consiguiese leer en ningún teatro, llegaron los espantosos días de hambre y las noches de invierno sin albergue. Ella siempre sonreía y me animaba en las horas de desesperación; pero su cuerpo débil, acostumbrado á su antiguo bienestar burgués, se iba aniquilando velozmente.

»¡Lo que yo he sufrido en esos escenarios! ¡Todos son canallas ó imbéciles! Al cabo conseguí que un autor célebre escuchase *La musa del arroyo*.

—»No está mal, dijo; tiene usted estimables condiciones de dramaturgo; algunos defectillos de principiante. Yo la corregiré, y firmando el empresario, usted y yo, veremos de estrenarla...

»Le arrebaté con rabia el manuscrito.

—»Cobrar, bueno; firmar, también. ¡Pero poner usted su mano en mi obra!..

—»Pues haga lo que quiera, que no me faltarán obras mejores que la de usted.

»Y aquel cínico, hijo de Harpagón y nieto de Caco, me volvió la espalda.

»Lucía estaba cada vez peor. La pobre sonreía siempre; pero sus ojos azules, inmensamente adorados, miraban ya á las cosas de la otra vida... Una noche cruel que nevaba creí que se iba á morir entre mis brazos en el banco de un jardín público. Al día siguiente, rasgándome el corazón, tuve que llevarla al hospital; aquella misma noche murió en la sala de Jesús, cama número 2.

»La depositaron en el pabellón de los muertos, en unión de un viejo mendigo de cabeza venerable de santo, á cuyo lado no lloraba nadie. Yacía, con las blancas manos casi transparentes divinamente tristes y cruzadas, en el fondo de uno de esos pardos y siniestros ataúdes de hospital que conservan hedores de otros cadáveres; corté un bucle de su admirable cabello de oro, un trocito de su mortaja, y frenéticamente pegué mis labios á su boca cárdena. Después salí.

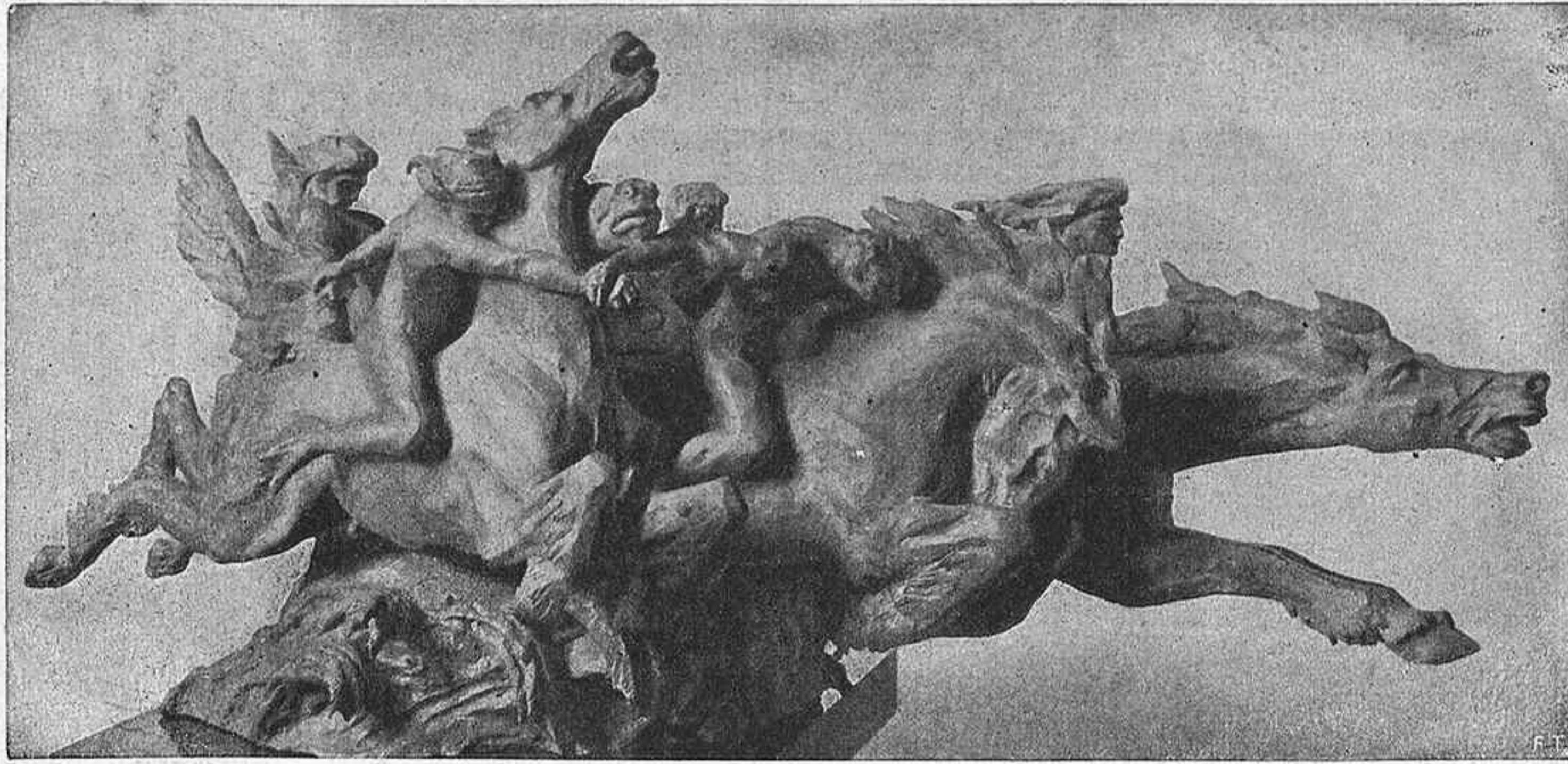
»El autor célebre á quien conté mi angustia, regateó cuanto pudo. Por fin me compró mi obra, todo, propiedad, firma... ¡Ya qué más me daba! Aquel dinero valió para que Lucía no fuese á la fosa común.»

El narrador hizo una pausa y apuró el contenido del bok.

—Después, la noche del estreno de su obra, volví á ver á Gustavo en la calle, completamente anulado por el alcohol, hasta tal punto que ni siquiera me reconoció. Y así le hemos visto siempre después, borracho de pena y de aguardiente, rodando por las calles en un doloroso embrutecimiento. Se hundió en una de esas simas voraces y sin fondo en las que cae el alma y no vuelve á salir más; bocas de infierno del desastre, abismos donde el alcohol, el opio y la morfina son monstruos que devoran al desdichado á quien un terremoto moral lleva á buscar sus paraísos artificiales.

»Ya conocéis el fin. Una noche le hallaron ahorcado en un balcón de la calle del Rollo, en aquella misma casa pequeñita que había contenido tan gran felicidad. Había una gran luna amarilla que hería sus ojos abiertos á la eternidad. Los animales vagabundos olfateaban su cuerpo rígido que se balanceaba como un péndulo siniestro.

»Se ahorcó tal vez en un momento lúcido, viendo el vacío horrible de su vida, destruidos para siempre sus dos grandes amores.»



El ciclón, grupo en bronce de Tancredi Pozzi (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907.)

Cuando los tres jóvenes salieron del café estaba amaneciendo. Pero el nuevo día no era tampoco el

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE VENECIA

La séptima Exposición Internacional de Bellas

Artes celebrada este año en Venecia ha ofrecido un conjunto verdaderamente selecto, pues el jurado, sin mostrar la severidad excesiva de otras veces, en alguna de las cuales llegó á rechazar el ochenta y cinco por ciento de las obras presentadas, ha usado de un rigor saludable, merced al cual todo lo que en el certamen figura es realmente digno de ser visto.

En la sección austriaca llama la atención en primer término un tríptico de John Adams Quincy, por la robustez de las tonalidades y el gusto de la composición; son muy notables también los retratos de Laszlo y de Pochwalsky, los cuadros de Hampel, Graf, Frank, Roth y Uprka, y cinco esculturas de madera de Barwig.

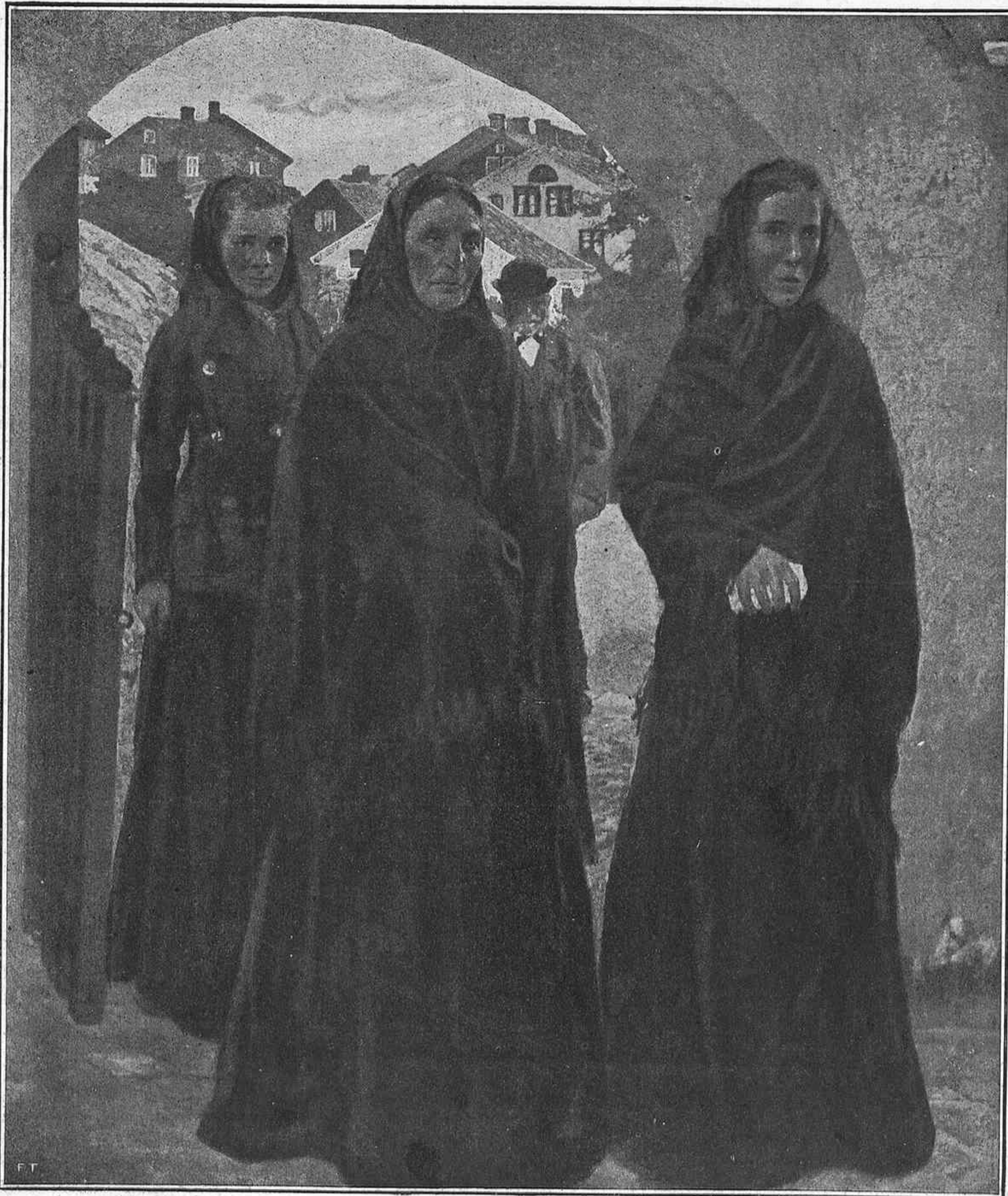
Pocas obras de verdadero mérito contiene la sala francesa; entre ellas citaremos un retrato de Bernard, un luminoso pastel de Raffaelli, un paisaje de Luciano Simon y un lienzo de Blanche.

La sección noruega es una de las más hermosas; Torn tiene en ella cinco magníficos cuadros, Larson dos bellísimos lienzos al óleo y dos acuarelas, y Ana Boberg una serie interesantísima de paisajes.

Alemania ocupa dos salas y en ellas se ven obras de los artistas más eminentes de aquel país: Bartels, Dettmann, Fischer, Gurich, Hengeler, Knirr, Koester, Otón Marcus, Münzer, Nadler, Nikutowski, Oppler, Pettersen, Schramm-Zitau y Zügel, son nombres que por sí solos garantizan la valía de sus producciones.

Seis soberbios retratos del eminente Sergeaut constituyen el *clou* de la sección inglesa, en la cual se admiran además cuadros de Lavery, Paterson, Robertson y Sauter, y sobre todo cuatro magistrales composiciones de Brangwyn.

La sala rusa presenta una muestra interesante y característica del arte en aquella nación: Repin, Maliavin, Kustodieff y Serov exponen cuadros de gran valor artístico.



A la puerta del cementerio, cuadro de C. Wilhelmson. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907.)

día vindicativo y luminoso de la suprema justicia.

EMILIO CARRÉRE.

te en aquella nación: Repin, Maliavin, Kustodieff y Serov exponen cuadros de gran valor artístico.



Los caballos del sol, tríptico decorativo de Arnoldo De Kardis. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907.)

Bélgica ocupa un pabellón especial, en el que son dignas de citarse las esculturas de Khopff, Mirme y del gran Meunier, los cuadros de Fabry, Ciamberlani, Baertsoen, Lemme, Guilliard, Morreu, Van der Eeckhuidt, Evenepoel, Wagemaus, Ensor, Opsomer y Van Risselberghe, y los bustos de Heram, Kemmerich, Lagae, Lalaing, Rousseau y Samuel.

Una de las secciones más interesantes de la exposición es la de los acuarelistas holandeses, compuesta de preciosas obras de Zilcken, Blommers, Dysselhof, Israels y Veth.

En una sala internacional hay obras muy notables

de Mesdag, Klein-Chevalier, Mile, Shannon, Tusen y otros.

Las salas destinadas á Italia contienen muchas y excelentes obras, al pie de las cuales se leen las firmas de los primeros artistas de las diversas escuelas italianas: en la piemontesa, Maggi, Grosso, Dellcani, Cavallieri, Ciolina, Pozzi, Scattola, Miti-Zanetti, Grazioli, Grandi, Marius Pictor; en la romana, Apolloni, Coromaldi, Carlandi, Coleman, Bataglia, De Karolis, Sartorio, Nosi, Mancini; en la veneciana, Dall'Oca Bianca, Laurenti, Ciardi, Zotto, Destefani, Fragianomo, Nono, Bezzi, Favreto, Tito, Zezzos, Rotta, Ciar-

di y Milesi; en la lombarda, Carrozzi, Bazzaro, Belloni, Balestrini, Gignous, Cavalleri y Mariani; en la toscana, Fattori, Gioli, Luigi, Nomellini, Lessi y Origo; y en otras salas, De Albertis, Buffa, Origo, Balestrieri, De Maria, De Sanctis, Migliaro y otros.

En la sección de escultura merecen especial mención las obras de Tozzi, Ciusa, D'Orsi, Alberti, Carminato, Pellini, Bartholomé, Dampft, Millés, Bouchard, Ugo, Benini, Rosales, Apolloni y Canonica.

Para formarse idea del éxito de la exposición, bastará decir que á los dos meses de abierta se habían vendido 252 obras por valor de 400.000 liras.—S.



El hijo, cuadro de Humberto Coromaldi. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1907.)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN CATALUNA

Con motivo de las terribles inundaciones que tantos estragos han ocasionado en Málaga y en Cataluña, S. M. el rey D. Alfonso XIII ha querido visitar

Cataluña, á nuestra ciudad, en donde era esperado á primera hora de la mañana del 19; no llegó, sin embargo, hasta las cuatro y media de la tarde, atracando

por el presidente Sr. Prat de la Riba, el gobernador civil, el capitán general y algunos particulares. Poco después desembarcó el monarca; asistió al



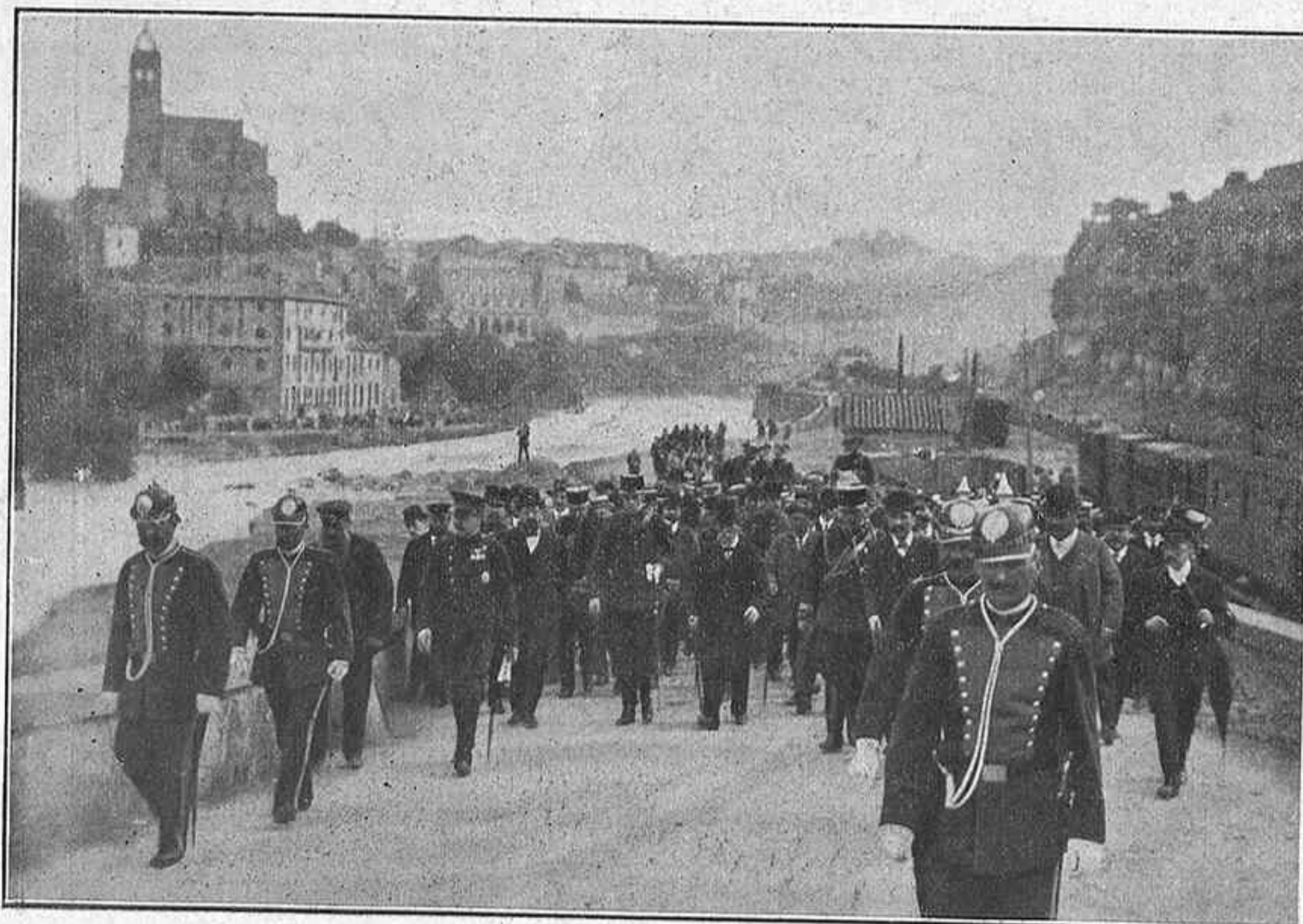
Barcelona.—Aspecto de la plaza de la Paz antes de la llegada de S. M. el rey D. Alfonso XIII



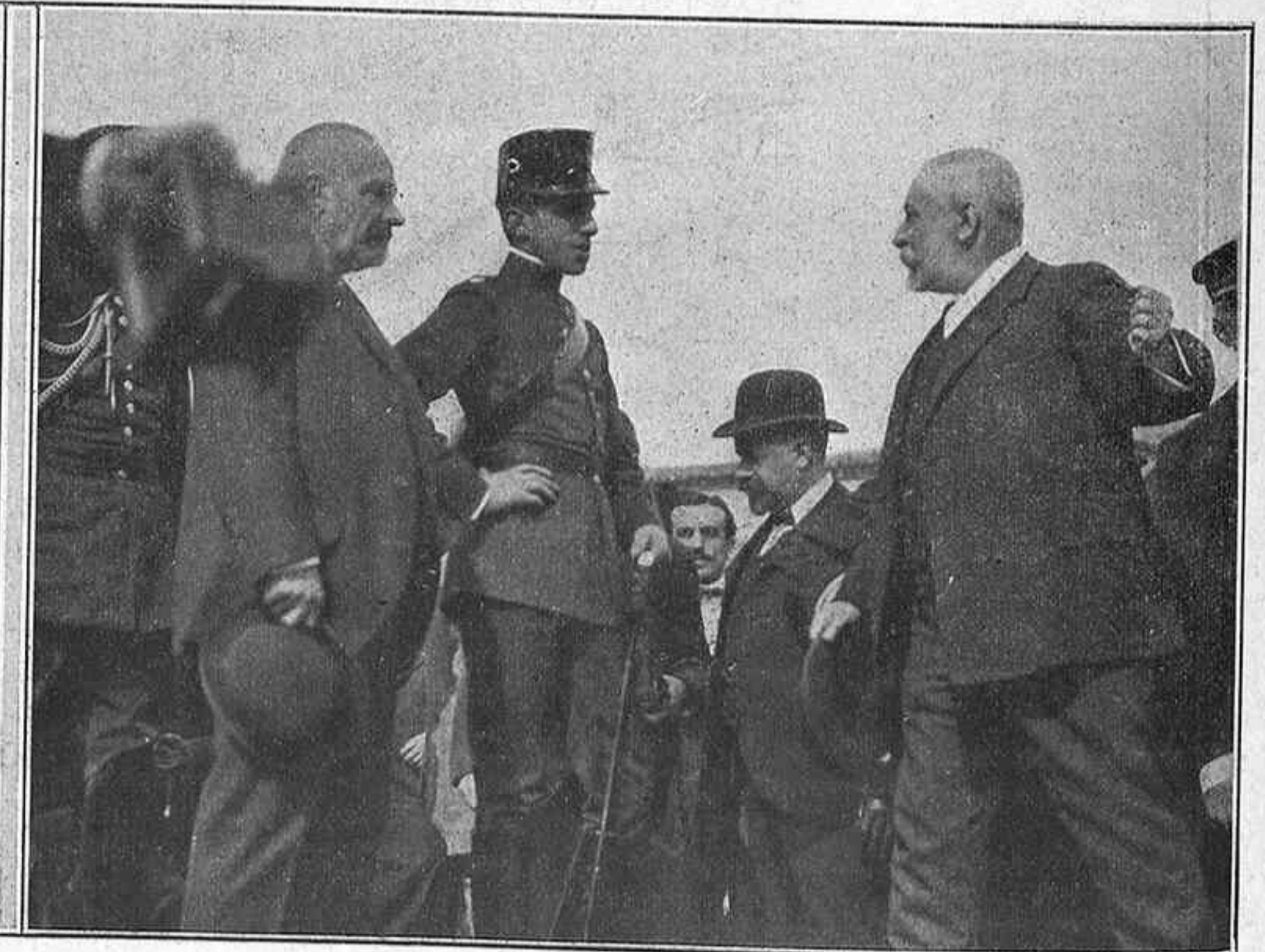
El tren real en la estación de Sabadell



S. M. el rey pasando el puente de San Vicente



Llegada de S. M. el rey á Manresa



S. M. el rey en la estación del ferrocarril de Manresa á Berga

las comarcas más castigadas para enterarse personalmente de los efectos de la catástrofe y demostrar con su presencia que sabe compartir las aflicciones de sus súbditos.

Desde Málaga vino, á bordo del transatlántico *Ca-*

el buque en el muelle de Baleares. Subieron á bordo á saludar á S. M., á quien acompañaba el presidente del Consejo de Ministros Sr. Maura, comisiones del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial, presididas respectivamente por el alcalde Sr. Sanllehy y

Tedeum que se cantó en la Catedral; visitó, á pesar de ser ya de noche, la Exposición Internacional de Arte, y regresó al *Cataluña*, en donde sentó á su mesa á las autoridades.

A las ocho de la mañana siguiente encaminóse



S. M. el rey contemplando desde el puente el aspecto de la ciudad de Manresa

S. M. á la estación del Norte y tomó el tren real que había de conducirlo á Manresa. Al llegar al puente sobre el Cardoner, cuyos desperfectos hizo notar al monarca el director general de Obras Públicas, fué preciso hacer transbordo, y en otro convoy dispuesto al otro lado de aquél partieron los expedicionarios para la expresada ciudad, adonde llegaron á las diez y media.

El alcalde Sr. Armengou y el diputado á Cortes por el distrito Sr. Soler y March pronunciaron breves discursos de salutación y agradecimiento á don Alfonso, quien contestó á ellos con sentidas frases, expresión del pesar que en él había producido el desastre y de su propósito de hacer cuanto pudiese para remediar las consecuencias del mismo.

Inmediatamente dirigióse el monarca á visitar los edificios que más perjuicios han sufrido, empezando por el puente del ferrocarril económico de Manresa á Berga, que está destruído totalmente; de allí fué á la fábrica del gas, cuyas calderas abolladas estaban tumbadas en el suelo; á la del Sr. Carné, que además de otros muchos daños, tuvo la pérdida de 12.000 sacos de cemento arrastrados por las aguas; á la de Portabella, cuyas dependencias, algunas cubiertas de barro todavía, visitó minuciosamente; á las de Sitjes y del Pont Vell, en donde pudo apreciar los grandes destrozos que en la maquinaria ha producido la inundación.

Contra el parecer de los ingenieros, pues la carretera ofrecía en algunos sitios verdadero peligro, don Alfonso quiso llegar hasta Suria, población en donde el agua ha causado también terribles estragos, y al efecto subió á un automóvil, y seguido de otros diez y seis en que iban las autoridades, personas del séquito real y varios particulares, llegó hasta aquella villa, no sin tener que vencer grandes dificultades.

En Suria, S. M. recorrió varias casas derrumbadas y la fábrica del Sr. Abadal, y terminada esa visita regresó á Manresa, saliendo poco después en tren para Calaf; desde esta última población, y acompañado de los diputados á cortes Sres. Rodés y Milá, del señor Maura y del general Linares, fué, también en automóvil, á Torá y á Pons, habiéndose quedado en Calaf el resto de la comitiva. Poco antes de llegar á Pons, el automóvil que conducía al rey y á sus acompañantes quedó atascado, teniendo S. M. que ir á

partir entre las personas más necesitadas y más perjudicadas por la catástrofe.

Lo mismo en Barcelona que en Manresa, en Suria, en Calaf, en Pons, en Balaguer y en Lérida y en las demás poblaciones por donde pasó, fué objeto Su Majestad de cariñosas muestras de respeto y simpatía, que se acentuaban al ver que el monarca, sin atender á las observaciones que se le dirigían y haciendo caso omiso de las dificultades y aun en algunos casos de los peligros que

había que vencer, quería ver de cerca y en el mayor número posible las localidades damnificadas.

Así el rey como el presidente del Consejo de Ministros habrán podido convencerse de las pérdidas inmensas que han sufrido las comarcas catalanas por ellos visitadas y otras que no pudieron visitar, y formarse perfecta idea de los grandes esfuerzos que se necesitan para remediarlas y para evitar la miseria que amenaza á tantos miles de obreros, á quienes la inundación ha dejado sin trabajo. Penetrados el monarca y el gobierno de la excepcional magnitud de los daños que, según frase del propio señor Maura, no se remedian con limosnas, no ha de serles difícil hallar los medios para aminorarlos y para que cuanto antes se restablezca la normalidad, tanto mejor cuanto que los mismos perjudicados,



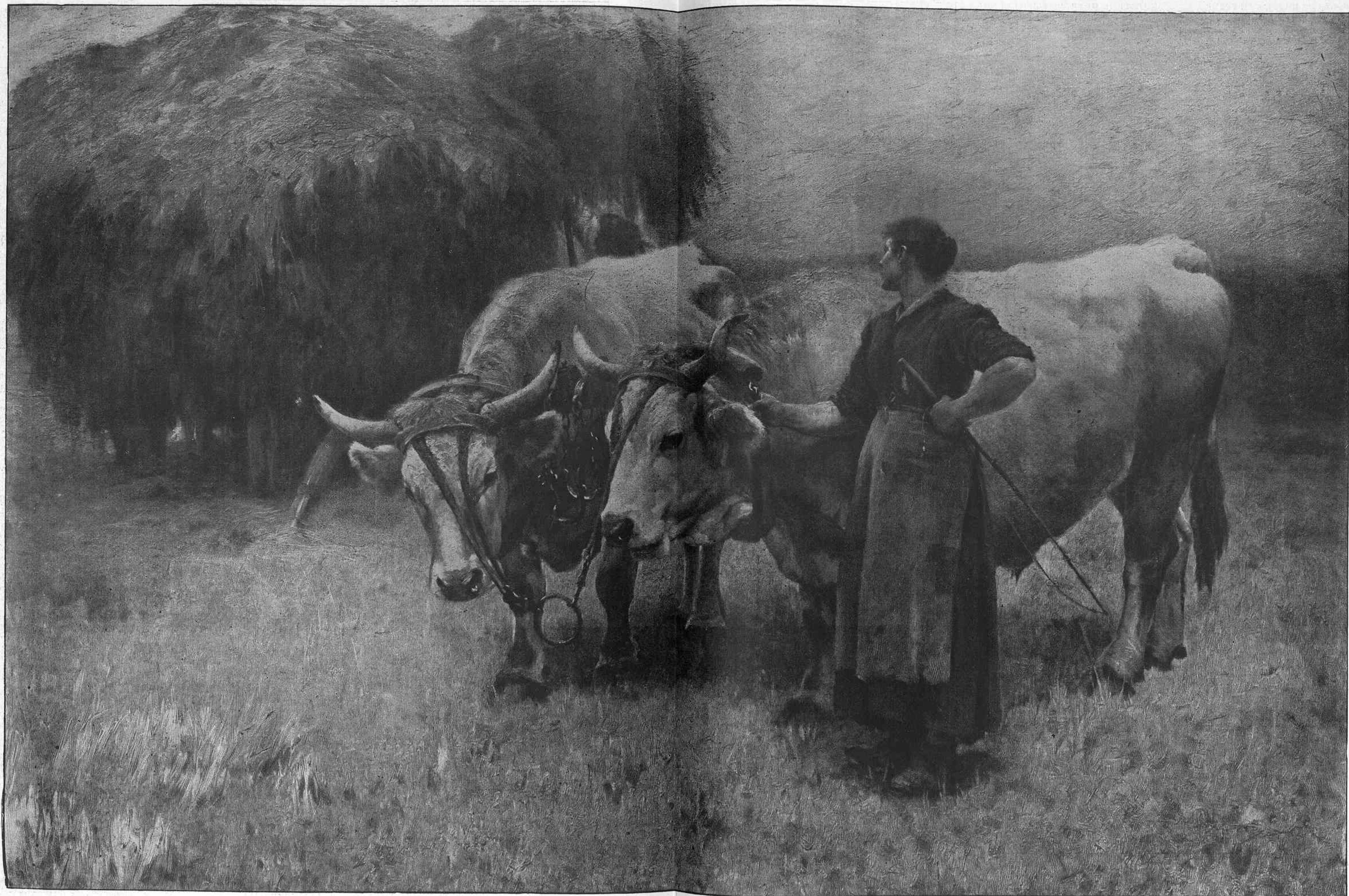
Manresa.—S. M. el rey á la salida de la fábrica del Sr. Sitjes

desde el gran propietario al modesto labrador y desde el fabricante al obrero, han demostrado ya, aun antes de que á ellos lleguen los auxilios oficiales, que, lejos de dejarse amilanar por la desgracia, sienten redoblar sus habituales energías y se disponen á trabajar unidos con vigor y perseverancia para rehacer los campos que el agua ha devastado y reconstruir lo antes posible las fábricas que las inundaciones han destruído.—X.

D. Alfonso y el Sr. Maura, éste en nombre del gobierno, han dejado importantes cantidades para re-

desde el gran propietario al modesto labrador y desde el fabricante al obrero, han demostrado ya, aun antes de que á ellos lleguen los auxilios oficiales, que, lejos de dejarse amilanar por la desgracia, sienten redoblar sus habituales energías y se disponen á trabajar unidos con vigor y perseverancia para rehacer los campos que el agua ha devastado y reconstruir lo antes posible las fábricas que las inundaciones han destruído.—X.

(Fotografías de A. Merletti.)



EL OTOÑO, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE H. HARTWICH, GRABADO POR RICARDO BONG

LOS LADRONES DE IGLESIAS EN FRANCIA

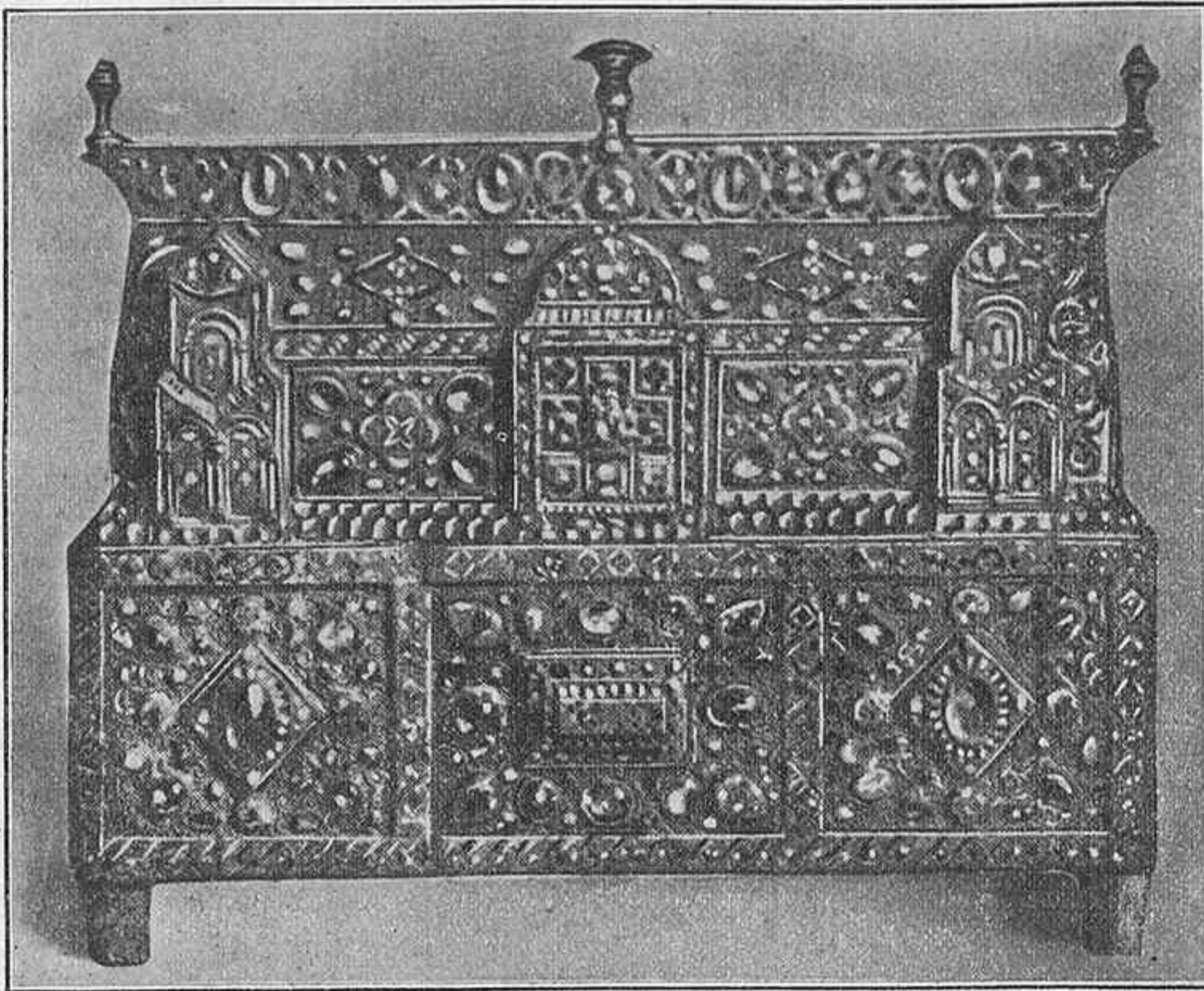
Hace algunas semanas, descubrióse que de la iglesia de Ambazac, pequeño pueblo del departamento del Alto-Vienne, había desaparecido una joya artística de gran valor, una famo-

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 697, 704 y 705.)

El Tiempo, estatua en mármol de Enrique Clarasó. - La hermosa estatua que reproducimos, alegórica representación

gnault, ministro de Francia en Tánger, quien, acompañado del general Liautey, del almirante Philibert y de un brillante séquito, desembarcó el día 7 y se dirigió á El-Kebibat, residencia del soberano marroquí. La entrevista, que se celebró en un vasto salón cuadrado de



La arquilla de Ambazac, robada por Antonio Thomás, de Clermont Ferrand, y sus cómplices y encontrada en Londres, adonde había sido llevada para su venta



La estatua de San Baudime, robada por Antonio Thomás en 1906 y encontrada recientemente en una bodega alquilada por el hermano de éste en Clermont Ferrand

LA CUADRILLA DE LADRONES DE IGLESIAS EN FRANCIA

sa arquilla de San Esteban de Muret, del siglo XII, hecha de metales preciosos repujados y cincelados y adornada con hermosos esmaltes y valiosas piedras.

Instruídas las oportunas diligencias, vínose en conocimiento de que el jefe de los que habían cometido aquel robo era un industrial de Clermont-Ferrand, llamado Antonio Thomás, y el juez dispuso la detención del hermano y de la madre de éste, quien en aquel entonces hallábase en Londres negociando precisamente la venta de la arquilla robada.

Al tener noticia de aquella doble detención, Antonio regresó de Londres y se constituyó preso, recabando para sí toda la responsabilidad del delito. Lo propio hizo su cómplice Antonino Faure. Créese que la madre es, en efecto, inocente; pero créese también que el que se confiesa autor tiene más cómplices que el que con él se presentó á la justicia.

La arquilla ha sido encontrada en Londres; el ladrón la había depositado en la «Regent Street deposit and forwarding C.º», mientras hacía las gestiones necesarias para venderla. Desde allí ha sido enviada á Limoges, en donde se instruye el proceso.

Esa arquilla, cuyo valor era de 600.000 francos cuando conservaba aún los magníficos rubíes que le fueron arrancados durante la Revolución francesa y que ahora se estima en unos 100.000, fué ofrecida por Thomás á un coleccionista londinense en 30.000, lo que hizo despertar sospechas de que se trataba ó de una mixtificación ó de un objeto de procedencia ilegítima.

El juzgado, prosiguiendo sus indagaciones, ha descubierto escondida en una bodega que Francisco Thomás tenía alquilada en Clermont-Ferrand otra joya artística de gran valía, el busto de San Baudime, que en 1906 desapareció de la iglesia

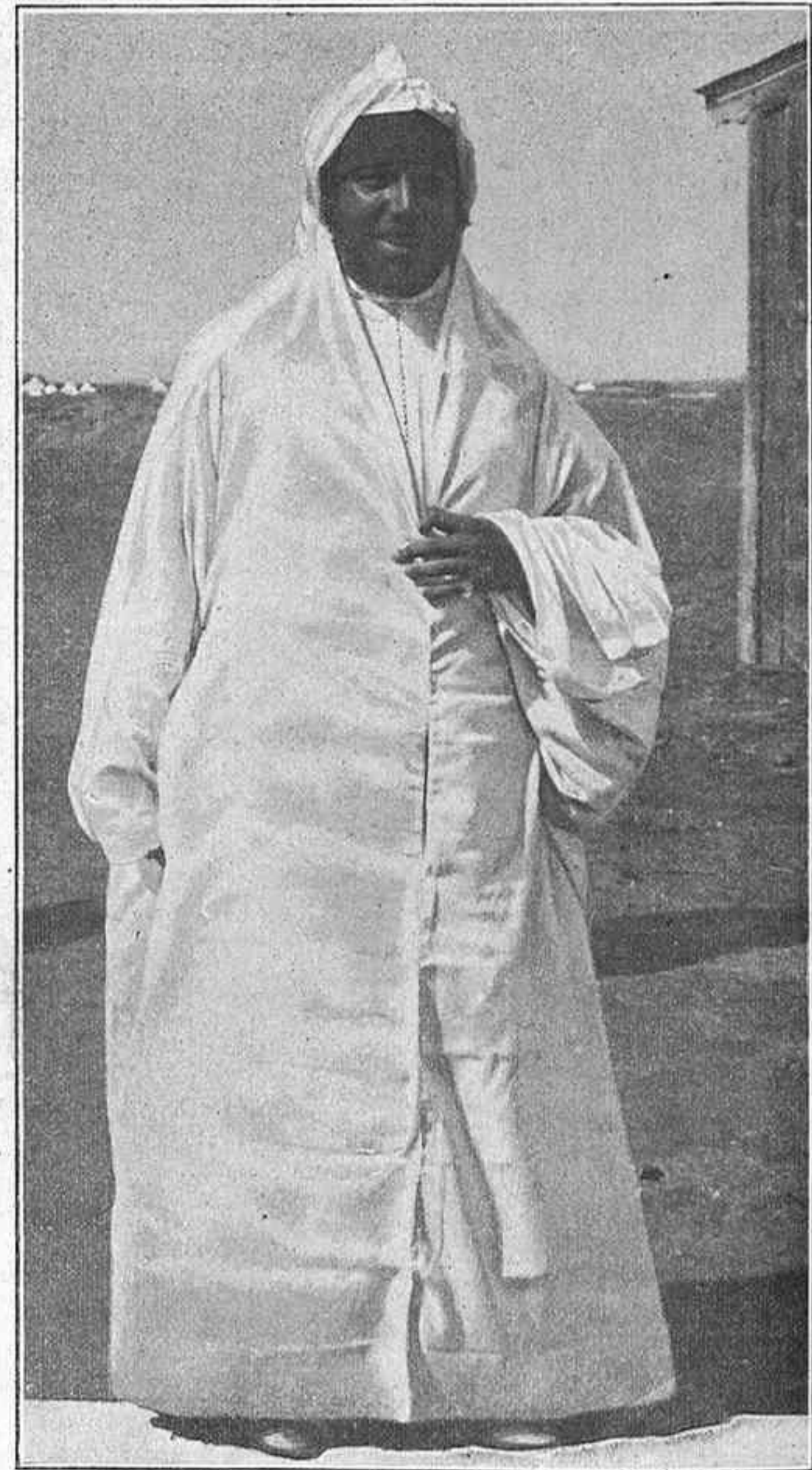
del *Tiempo*, da á conocer, al igual de la titulada *Memento*, premiada en el Salón de París, la nueva fase de la labor artística del distinguido escultor catalán Enrique Clarasó. La nueva obra revela una evolución razonada y que nuestro amigo, al dedicarse por completo al gran arte, manifiesta cualidades y aptitudes que antes no podían tener tan cumplida aplicación, por la diferencia esencial del género cultivado en tiempos anteriores.

Véase la venerable representación del *Tiempo*, destinada á coronar un monumento funerario de la capital aragonesa, inspirada en el sentido versículo del libro de Job, *Breves son los días del hombre*, y podrá apreciarse la importancia y finalidad de la obra que actualmente realiza Clarasó, traducida tanto en el concepto que la informa, como en su ejecución amplia y fácil, exenta de amaneramientos y premiosas minucias, que estarían en pugna con los cánones del gran arte, cuyas creaciones recuerda el laborioso artista, á quien aplaudimos y excitamos para que prosiga por tal senda, en la seguridad de que alcanzará el doble objetivo de satisfacer sus legítimas aspiraciones y obtener la general consideración.

El otoño, cuadro de H. Hartwich. - Con bien pocos elementos nos hace sentir el celebrado pintor alemán lo que su cuadro representa; el cielo, el paisaje, las figuras, todo respira esa plácida melancolía que es la característica del otoño, y contemplando ese firmamento gris, ese campo en donde ha sido ya levantada la cosecha y esa pareja de labriegos que ultiman la labor del día, experimentamos la sensación de esos primeros fríos precursores de la solemne quietud invernal de la naturaleza.

aquel palacio, fué cordialísima, y el sultán expresó sus sentimientos de simpatía hacia la nación francesa y sus deseos de vivir con ella en buena amistad. El embajador entregó á Abd-el-Aziz el gran cordón de la Legión de Honor.

Dos días después, el soberano concedió á los periodistas franceses una audiencia, durante la cual mostróse sumamente



Muley Abd-el-Aziz en Rabat, último retrato del sultán de Marruecos (De fotografía.)

amable y condescendiente hasta el punto de dejarse fotografiar. Una de las fotografías que se sacaron es la que el adjunto grabado reproduce.



Marruecos.-La embajada francesa dirigiéndose al palacio del sultán en Rabat (De fotografía.)

de San Nectario, de Issoire. Es un busto de madera cubierta de una capa metálica y adornada con pedrería; data del siglo XII y su valor es, según parece, de 250.000 francos.

Este segundo descubrimiento induce á creer que se trata de una verdadera cuadrilla de salteadores de iglesias. El suceso ha producido gran emoción en toda Francia.

MARRUECOS

LA EMBAJADA FRANCESA EN RABAT

El primer acto político realizado por el sultán Abd-el-Aziz después de su llegada á Rabat ha sido la recepción de M. Re-

LE BOUQUET DE LA MARIEE Nouveau Parfum DE VIOLET

Sus encerr... si ha... cosa... tuvies... lo po... caball... sana... que s... ción;... mon... una ó... de ta... de su... Cu... blo, l... mal,... mas p... sido... para... estab... tenía... Lle... lió á... expre... gría a... al fija... aún t... man... El... cado... do m... esta... que n... Sin... pensa... por J... está... testó... friald... la m... que... dola... W... do a... man... túvos... al ca... rara a... cond... Su... friald... mane... la pu... nati... Haze... pero... hacia... ver... allí,... cuan... muje... sus o... cía m... en la... de go... como... Holt... gonze... Supo... guar... gobi... lo ac... tor F... pond... poso... sonri... co, p... cuan...

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

XXII

DUDAS

Susana no podía comprender por qué su prima se encerraba en tan obstinado silencio, y preguntábase si habría ofendido á su prima en alguna cosa. Estas reflexiones bastaban para que tuviese muy mal humor; pero Walton hizo lo posible para distraerla, hablándola de caballos, carreras y diversos incidentes. Susana se había esforzado más de una vez para que su prima tomase parte en la conversación; pero Sara se limitó á contestar por monosílabos, sin pronunciar nunca más que una ó dos palabras, lo cual irritó á Susana de tal modo, que no quiso hacer más caso de su compañera.

Cuando estuvieron á dos millas del pueblo, la señorita Holt pensó que había obrado mal, consintiendo á Walton acompañarla; mas por otra parte reflexionaba que hubiera sido una grosería rehusar al joven un asiento para ir á Marshstead. De todos modos, ya estaba hecho, y al fin pensó que en rigor nada tenía de que arrepentirse.

Llegados á la granja de Hazell, Miguel salió á recibirlos; sus ojos expresaron la mayor alegría al ver á Susana; mas al fijarse en Walton, que aún tenía las riendas en la mano, palideció al punto.

El cambio fué tan marcado, que Susana no pudo menos de notarlo, y esta vez se convenció de que no había obrado bien. Sin embargo, no quiso pensar más y preguntó por Job.

—Poco más ó menos, está como siempre, contestó Miguel con alguna frialdad, mientras daba la mano á Susana para que se apease, ofreciéndola después á Sara.

Walton había estrechado apresuradamente la mano á Miguel, y entretúvose luego en acariciar al caballo, como si esperara á alguno para que lo condujeran á la cuadra.

Susana, sensible á la frialdad de Miguel, permaneció un momento en la puerta, mirando alternativamente al joven Hazell, á Sara y á Walton; pero después dirigióse hacia la sala principal. Al ver que Job no estaba allí, disponíase á salir, cuando vió entrar á una mujercita, que á pesar de sus cincuenta años parecía muy vigorosa aún. Era Juana Darby, que estaba en la casa hacía treinta y cinco años, en clase de ama de gobierno y cocinera, y á quien se consideraba ya como de la familia.

—Me alegro ver á usted, Juana, dijo la señorita Holt, aunque corre tan mal tiempo, que casi es vergonzoso alegrarse de nada; pero ¿dónde está Job? Supongo que no será tanto su mal que le obligue á guardar cama...

—Ni la guardará tampoco, interrumpió el ama de gobierno, mientras pueda tenerse en pie, aunque se lo aconsejaran todos los médicos del mundo. El doctor Humphereys ha estado aquí, y dijo que no respondía del amo si no se limitaba al más absoluto reposo. «Viviré tanto como usted, le contestó el señor sonriendo alegremente.—Muy bien, repuso el médico, pero no estará de más reservar las fuerzas para cuando las necesite.—Pues no hago esa cosa,» repuso

el Sr. Hazell. Con esto terminó la conversación respecto á la salud; después hablaron un rato de cosas indiferentes y el doctor se marchó diciendo á mi amo que debería cuidarse.

—¿Cómo!, repuso Susana, ¿sin recetar ninguna medicina?

fueran rivales en su amor, cosa que no podía ocultarse; pero sentía más aún que las circunstancias los pusieran siempre en contacto.

Había dicho á los dos ya claramente cuál era su modo de pensar; y ahora inspirábanla tan sólo indiferencia sus dos pretendientes.

La conducta de Miguel le parecía algo irreverente, pues sabiendo ó debiendo saber el objeto de su visita, era una falta de cortesía dejarla sola para que buscara á Job, en vez de conducirla á su presencia. Era demasiado orgullosa para pedir un favor á nadie ni solicitar su simpatía, y en su enojo preguntábase qué línea de conducta debería seguir.

Cuando al fin llegó al sitio donde estaban reunidos todos, vió á su prima sentada debajo de un árbol; Miguel hablaba con su padre, tratando de inducirle á que no cortase la valla más; Job proseguía su trabajo con singular vigor, y Walton encendía su pipa.

—¡Hola, tío!, exclamó Susana poniendo una mano sobre el hombro del anciano; usted no debería estar aquí.

Job desvió con suavidad la mano de la joven, y apoyándose en el mango de su hacha, fijó una mirada distraída en el camino que conducía á la granja.

—Casi me parece verla ya, Susana, dijo, y esto será muy agradable para mí cuando tú y Miguel estéis allá juntos.

Al decir esto hizo ademán de continuar su trabajo, pero Susana le detuvo.

—Por más que haga usted, dijo, no le será posible ver la granja desde aquí..., y además yo quiero cenar y necesito que usted me acompañe.

Job dejó su hacha, miró á todos sonriendo, como si comprendiese las absurdas opiniones que se formaban sobre su estado, y después fijó toda su atención en Susana.

—Ya sé lo que piensas, dijo; á ti te parece que estoy trastornado y que mi ocupación de ahora es una rareza. Vosotros los jóvenes pretendéis saber más que los padres, y tal vez tú sepas más que yo. Pues yo te digo que desde aquí podré ver tu granja, tan

claramente como si estuviese en la puerta, y que mi trabajo no es inútil.

—Quisiera ver tanto como usted, dijo Walton; si esto pudiera ser, le aseguro que muy pronto tendría millones.

Esto no era una impertinencia de Tomás, pues al decirlo solamente pensaba en lo ventajoso que sería para él ver tanto en cuestión de caballos y carreras, porque esto le permitiría adquirir una fortuna.

Job fijó una mirada en el joven, y sus ojos brillaron un momento.

—Es usted un buen mozo, Tomás Walton, contestó, pero seguramente no de aquellos que saben ganar millones, porque ve usted cosas que están demasiado lejos.

—¿No es eso una paradoja?

—Tal vez; pero en tal caso, bastante clara. Hay personas que nunca consiguen su objeto, por muchas oportunidades que se les presenten para realizar su fin, y usted es una de ellas; mientras que otras se las han de buscar de por sí, porque su suerte no se las depara, como por ejemplo...

Job miró á su alrededor, como buscando un punto de comparación; fijó la vista en Miguel, que le observaba con expresión grave, y después en Susana, á quien parecía desagradar tanto la conversación como la debilidad mental del anciano; y al fin completó su sentencia diciendo:

—Como por ejemplo, Sara.

El hecho de que la reservada y silenciosa joven, que permanecía inmóvil debajo del árbol, cual si procurase no llamar la atención, fuera la persona favorecida por su padre, hizo sonreír á Miguel, y Walton soltó la carcajada.

—Creo que tiene usted razón, tío, dijo Susana; mi prima habla poco y es muy reservada; pero pocas la ganarán á poner las cosas en orden. Ella sola es capaz de hacer el trabajo de cuatro mujeres, y lo que á otra le parezca imposible, Sara lo encuentra fácil.



Susana firmó con mano segura

—Sí recetó; pero el amo dijo que no quería tomarla.

—Muy bien; pero ¿dónde le encontraré ahora?, preguntó Susana por segunda vez.

—Mi amo tiene rarezas, contestó Juana sonriendo. Apenas se marchó el doctor, empeñóse en ir á cortar la pequeña valla que hay en la extremidad del jardín, pues dice

que le impide ver bien la granja del Prado. Nadie podría imaginar cuánto piensa en usted y Miguel, señorita; y yo creo que si algo puede alegrarle después del trastorno que ha sufrido, será solamente ver á usted unida con Miguel. En cuanto á mí, me atrevo á decir que no encontraría usted un muchacho como él en todo el país.

—Voy á buscar á Job, dijo Susana bruscamente.

—Está muy bien; la presencia de usted le consolará sin duda, pues siempre sucede así.

Juana acompañó á la joven hasta la puerta y después volvió á ocuparse de sus quehaceres, mientras que Susana se dirigía al jardín. Experimentaba cierta inquietud, y decíase en su interior que había obrado mal en alguna cosa; iba á consolar á un hombre á quien creía apurado, y pensaba que ella era quien más necesitaba consuelo. Disgustábase mucho que Miguel y Tomás Walton

Susana se alegraba tanto de hacer este elogio de su prima como de distraer con otro asunto á Job para cambiar el curso de sus ideas; pero Sara le interrumpió.

—Creo, dijo sonriendo tristemente, que puedo estar engreída y con mi vanidad satisfecha para toda una semana. Yo quisiera poder pensar tan bien de mí como ustedes.

—Yo no digo nunca sino lo que siento, repuso Job enfáticamente.

Y empuñando otra vez su hacha, quiso continuar su trabajo, pero su brazo parecía más débil y Miguel le detuvo.

—Padre, le dijo, ahora iremos á cenar; mañana podrá usted concluir esto.

—Aún no es hora de cenar.

—Es que yo he dicho á Juana que lo prepare ya, y como el Sr. Walton ha de marcharse pronto...

—Pues bien, dadle su cena y que se marche cuando guste.

—Pero yo también tengo ya apetito, y será más agradable sentarnos todos á la mesa.

—Tal vez tengas razón, pero advertiré que no estoy cansado... Susana, dame tu brazo.

La joven obedeció al punto, Miguel se adelantó para ofrecerle también su apoyo; pero Sara se interpuso, porque no quería ir detrás con Walton.

—Permítame usted, dijo á Miguel, ofrecer también mi brazo al Sr. Hazell.

De este modo los dos rivales debieron ir uno junto al otro; pero aunque tal vez los dos pensaban en la misma cosa, ninguno de ellos hizo alusión á Susana. «¿Seré yo el preferido?» preguntábase Tomás. «¿Persistiría ese hombre en su empeño—se decía el joven Hazell,—si supiese que Susana no tiene ya un cuarto?»

Job andaba lentamente entre las dos jóvenes, apoyándose en sus brazos. Susana, sabiendo que el anciano era bastante mezquino en cuestión de intereses, por no decir avaro, pensaba que seguramente debía haber algún error respecto á la extensión de sus pérdidas, pues si éstas hubiesen sido considerables, seguramente habría hablado del asunto. Sin duda notaba un cambio curioso en sus palabras y en su ademán, mas no podía explicarse cuál podía ser la causa; solamente observaba con disgusto que no quería hablar sino de su casamiento con Miguel. Parecíale una cosa inevitable, y deseaba que se celebrase lo más pronto posible.

—Si no se hace así, dijo con cierta irritación volviéndose hacia Sara, siempre se aplazará; pero los casaremos pronto, ¿eh?

—Espero que sí, contestó la joven sonriendo por primera vez con expresión de alegría.

Susana volvió la cabeza, aparentando no oír; pero Job, agitando su brazo para llamar su atención, continuó:

—No seas tan corta de genio, Susana; es preciso hacer lo que dije, y esto muy pronto. A mí me queda poca vida, y no quisiera irme al otro mundo sin haber visto lo que más deseo ver, es decir, vuestra boda. El otro día encargué al sastre la confección de una levita nueva para asistir á la ceremonia, y ésta no debe aplazarse más tiempo.

A Job le parecía que esto era suficiente para que el matrimonio no se retrasase más tiempo, y que al hacer el sacrificio de comprarse una levita, evitaba que los dos jóvenes, el uno por condescendencia y la otra por cortedad, aplazaran indefinidamente la realización de lo que él tanto deseaba.

Susana escuchó todo esto con mucha resignación; pero más de una vez estuvo á punto de perder la paciencia, pues Sara aprobaba todo cuanto Job decía, confirmando de tal modo sus apreciaciones, que llegó á creer que su prima se burlaba del anciano; pero después de observarla un momento, convenciéndose de que hablaba en serio. No solamente apoyaba á Job en su opinión de que era preciso celebrar el matrimonio desde luego, sino que dijo que el deber de su prima era acceder sin vacilación, para cumplir con el deseo que su padre había manifestado en otro tiempo.

—Sin duda soy una mujer muy perversa, dijo al fin Susana con una sonrisa que distaba mucho de ser tan franca y alegre como otras veces. Se supone que todas las jóvenes están descontentas y desazonadas hasta que consiguen casarse; mientras que yo, teniendo dos pretendientes que solicitan mi mano con instancia, y segura de que serían los más cariñosos y fieles maridos, no puedo asegurar que elegiré á uno de los dos, siguiendo el consejo que se me dé.

Esta contestación fué bastante desagradable para Job y también para Sara, pues la sugirió algunas amargas reflexiones.

—Sin duda, dijo la joven, tú solamente tienes derecho para elegir esposo; pero me parece que debes pensar en los demás tanto como en ti misma.

—Ya trato de hacerlo, contestó Susana.

—Muy bien dicho, replicó Job sin echar de ver el tono alterado con que las primas se hablaban; ya arreglaremos la boda apenas te halles preparada.

Susana estaba resentida de que Sara tomase parte contra ella, pensando de que al menos podría haber dicho alguna palabra en su favor en vez de hacerse eco de las opiniones del Sr. Hazell. Esto le producía el efecto de una persecución, y rebelábase contra toda tentativa para imponerse á su voluntad. El tenaz empeño de su tío la disgustaba en alto grado, y casi hubiera preferido casarse con cualquiera más bien que ceder á las exigencias de nadie. Sin embargo, no quiso contestar á Job por no disgustarle en tal momento.

Pero el anciano tomó este silencio por aprobación, y muy satisfecho de sí mismo, cenó con la mejor gana, haciendo alusiones al gran acontecimiento que debía realizarse y mostrándose muy comunicativo con las dos jóvenes.

También Walton estaba muy contento al parecer; y sin duda olvidaba que se había propuesto permanecer solamente algunos minutos en casa de Job, porque después de cenar propuso éste jugar una partida de ajedrez.

El anciano fijó en él una placentera mirada de sorpresa.

—¿Ha oído usted decir que yo juego?, preguntó lisonjeado por la idea de que se hablara de su habilidad en otra parte.

—¡Oh, sí! A menudo, contestó Walton, y ya sé que usted es de los fuertes; pero esto no me arredra, pues he batido en Londres á varios de los que se consideraban como jugadores de primera.

—Le advierto á usted, repuso Hazell algo inquieto, que yo no juego más que diez céntimos cada partida.

—Tanto mejor; yo jugaría hasta por amor.

—¡Ah!, replicó Job, solamente hay dos aquí que podrían jugar á eso.

El Sr. Hazell se restregó las manos, como si se felicitara de su ingeniosa contestación, y dióse principio á la primera partida. Cuando Job hubo ganado tres, embolsando treinta céntimos, Walton dejó de serle antipático, y hasta consideróle como el más agradable compañero.

En medio de su mal humor, Susana comenzó á sospechar que Walton hacía tiempo para poder acompañarla á su casa; y por si acaso era así, esperó á que Tomás hubiese comenzado otra partida, salió disimuladamente de la habitación y encargó al mozo de la cuadra que preparase su carrito. Poco después, cuando se levantó para dar las buenas noches, Walton quedó sorprendido.

—Permítame usted acompañarla, dijo Tomás.

—Gracias, contestó Susana; no es tarde y yo puedo guiar muy bien. Además, usted no ha concluido su partida y no quiero de ningún modo que se interrumpa por mi causa.

Walton debió limitarse á la despedida y debió sentarse de nuevo frente á Job, mientras que Miguel acompañaba á Susana hasta la puerta.

Walton, muy malhumorado, sufrió en aquel momento lo que no es decible; jugaba muy distraído, y Job aprovechó la oportunidad para batir completamente á su adversario, que había ganado á los primeros jugadores de Londres.

A Miguel le hubiera complacido mucho aprovecharse de aquella inesperada ocasión de acompañar á Susana; pero ésta rehusó terminantemente, haciendo comprender al joven que sería inútil insistir.

—Muy bien, dijo al fin; tendré el gusto de ir á ver á usted mañana.

—Eso será mucho mejor, contestó la señorita Holt, pues deseo hablar á usted.

Un momento después, el carrito se alejaba rápidamente.

Susana pudo entregarse de nuevo á sus reflexiones. Pensó que Miguel había sido muy descortés con ella, observándola de continuo con una expresión compasiva que la irritó en alto grado. Job había contribuido á poner á prueba su paciencia, hablándola de matrimonio que á sus ojos era inevitable; y también estaba irritada contra Sara por haberse declarado en favor de los demás contra ella. Tal era su enojo, que de buena gana se hubiera desahogado llorando.

De todos modos, estaba resuelta á demostrar que no quería sufrir la imposición de nadie, y que en la cuestión de matrimonio era completamente dueña de su voluntad. Había ido á casa de Job para consolarle, creyendo que le encontraría muy apurado; mas no observó en él ninguna señal que revelase la desesperación de un hombre arruinado, y había debido escuchar con paciencia que se la hablase del asunto que más la desagradaba. Para que no volviera á repetirse esto, casi hubiera querido casarse con cualquiera menos con el hijo de Job.

XXIII

EXPLICACIONES

Un sueño profundo es el mejor antídoto para disipar el mal humor; y si á esto sigue un ejercicio activo al aire libre del campo, en una hermosa mañana de estío, pobre naturaleza será la de aquel que no olvide pronto los incidentes desagradables de la víspera, disfrutando de los placeres del momento. Una brisa suave, pero suficiente para hacer ondular las espigas y dilatar los pulmones; el alegre canto de las aveciillas, el balido de las ovejas, el canto del gallo y el cántico de los labradores son cosas que alegran el ánimo, comunicando á nuestro ser una dulce sensación de vida.

Susana había dormido profundamente, y por lo tanto, hallábase en las mejores disposiciones para disfrutar de la mañana cuando salió para inspeccionar los trabajos de sus jornaleros y dar á Carter instrucciones sobre las faenas del día. Cuando se trataba del servicio de la granja, Susana era siempre muy activa, y sus quehaceres, lejos de parecerle nunca penosos, constituían para ella un agradable pasatiempo.

Al volver á la casa, y según su costumbre cuando le quedaba tiempo antes del almuerzo, quiso ayudar á Sara á coger huevos de los que las gallinas dejaban diseminados acá y allá. Generalmente encontraba muchos, pero aquel día no fué afortunada; y resuelta á no volver con las manos completamente vacías, se dirigió al granero, recordando que allí tenían dichas aves varios nidos favoritos en la cumbre de una especie de montaña de paja y heno.

Cuando hubo llegado, dispúsose á escalarla cosa que no es tan fácil como muchas personas ignorantes pudieran creerlo, pues los pies y las manos resbalan continuamente; y hasta Susana, á pesar de su mucha práctica en aquel ejercicio, avanzaba á veces un paso y perdía luego dos ó tres. No sin algunos esfuerzos, llegó al fin á la cima de aquella montaña, que se elevaba á tres ó cuatro pies más arriba del techo, y muy pronto vió algunos nidos llenos de huevos. Quitán dose el sombrero, llenóle completamente y comenzó á descender, cargada con su botín; pero al llegar á cierto punto debió dejarse deslizar para no caer, y bajó con más rapidez de la que hubiera querido, porque debía sostener su sombrero al aire para que los huevos no se rompiesen.

La postura en que Susana quedó al llegar al suelo no era de las más agradables para una mujer, y ella se hubiera reído si hubiese estado sola; pero vió con disgusto que Miguel estaba á la puerta del granero. Esto la enojó, pero tenía demasiado buen sentido para darlo á conocer, y aunque algo ruborizada, púsose en pie al punto, riéndose alegremente.

—Quisiera que no hubiese usted llegado en este momento, Miguel, dijo, porque es cosa muy ridícula para una mujer caer rodando por un montón de paja delante de un hombre.

—Usted no puede parecerme nunca ridícula, contestó el joven.

—¡Muy bien!, exclamó Susana, su amigo Walton no podría haberme hecho un cumplido más delicado.

Esta contestación tenía tanto de agradable como de desagradable para Miguel, porque se hacía mención de su rival, y su rostro tomó de nuevo la expresión grave y pensativa que le era habitual cuando algo le disgustaba.

Susana notó el cambio y preguntóse si no le sería permitido tampoco hablar de un hombre que le era simpático y que hacía todo lo posible por complacerla. Su orgullo le sugirió este pensamiento, pero desechóle muy pronto con su natural bondad, y aventuróse á entrar en una explicación sin reflexionar en las consecuencias. Quiso decir lo que sentía, pero cariñosamente, como mujer que habla á un hombre á quien profesa el mayor afecto, aunque haciéndole comprender que solamente ella tenía derecho para decidir sobre su futuro.

—¿Qué ha pasado entre nosotros, Miguel?, dijo con dulzura. Veo que ya no es usted para mí lo que acostumbraba ser, y me obliga á decir cosas de que yo no quisiera hablar, porque pienso que no serían agradables para usted. Sepamos de una vez por qué se muestra tan frío y tan..., no sé cómo decirlo..., tan descontento de mí.

—¿Le importaría á usted algo que yo estuviese descontento ó no?

La pregunta era imprudente; pero Miguel no pudo menos de hacerla, porque el nombre de Walton estaba siempre en los labios de la joven y juzgó que también debía pensar en él.

—Sí, contestó Susana, me importaría. Ya no podemos hablarnos como antes, y esto me causa pena.

Usted y su padre fueron siempre personas muy queridas para mí; ahora sé que se hallan en apuro, y sin embargo, no me hacen ninguna confianza, lo cual me induce á creer que ya no me considera usted como su hermana; y hasta si he de juzgar por su reciente conducta, ni siquiera como su amiga.

—¡Oh, Susana, usted sabe muy bien que!..

Miguel se interrumpió, como si no se atreviera á concluir la frase, y paseó una mirada á su alrededor; si se hubiera fijado más, hubiera visto dos ojos brillantes que parecían animarle y dos sonrosadas mejillas.

—Ya sabe usted, continuó esforzándose para aparentar tranquilidad, aunque la ternura de su acento revelaba su profunda emoción, ya sabe usted que es más que una hermana para mí, y que mi padre la quiere tanto como á uno de sus propios hijos.

—Pues de eso mismo me quejo. Si soy tan querida de los dos como usted dice, ¿por qué no depositan en mí su confianza, dándome á conocer sus apuros?

—¿Podría usted dudar de nuestro cariño?..

—Déjeme usted concluir, interrumpió Susana. Anoche, ni usted ni su padre me dijeron una palabra sobre lo que estaba en boca de todos durante las horas de mercado... Me refiero á sus pérdidas, de las cuales, á juzgar por lo que algunos dicen, no podrían ustedes resarcirse nunca.

—Hemos sufrido alguna, contestó Miguel con gravedad, mas creo que al fin podremos salir del paso, porque la cosecha promete ser muy abundante.

—Pues entonces, ¿por qué no hablaron ustedes de ello?

—No era conveniente decir nada delante de... otros.

—Ya sé lo que quiere usted decir; sin duda se refiere á Walton; mas debo hacerle presente que si un amigo que se dirige al mismo punto que yo, me ruega que le ceda un asiento en mi vehículo, no puedo negarme á concederle este favor sin faltar á la cortesía y á los miramientos que la buena educación impone.

—Es cierto, contestó Miguel con alguna frialdad.

—Pues bien; esto es lo que anoche sucedió. Walton deseaba dar al Sr. Hazell una prueba de amistad, ofreciéndole sus servicios en cuanto pudiera serle útil; y porque se aprovechó de la circunstancia de ir yo también á Marshstead, se mostró usted descortés con él y también conmigo.

—Yo no puedo serlo con usted, ni tampoco con ninguna de las personas que se honran con su amistad; pero tampoco me es posible aceptar como sincera una supuesta simpatía, que sólo tiene por objeto satisfacer determinados fines.

—¡Oh! Miguel, jamás le había oído á usted hablar antes tan poco respetuosamente de nadie, y esto me desagrada con tanta más razón como que no lo creo justo.

—Entonces, repuso el joven, debo suponer que usted cree en él y desconfía de mí...

—Ya sabe usted, interrumpió Susana, que no tengo semejante preferencia; mas no quisiera que se hablase mal de un amigo á su espalda, porque esto no me parece muy caritativo.

—Lo cual quiere decir, replicó Miguel, que Walton es amigo de usted y que yo merezco censura... Seguramente le envidio, y ruego á usted que me dispense mis últimas palabras, pues yo quería solamente explicar por qué no dijimos nada anoche, y no era mi ánimo hablar desfavorablemente de su..., del señor Walton. Además, usted habrá notado alguna cosa extraña en mi padre, y debo advertir que el doctor dejó para mí una nota, encargándome que no le dijese la menor cosa que pudiera disgustarle. En su consecuencia, aún ignora toda la extensión de nuestras pérdidas.

—¿Tan graves son?, preguntó Susana con marcada ansiedad. ¿No me permitirá usted que les ayude en su apuro?

Aquel era para Miguel un momento muy oportuno de abogar por su causa, recordando á la joven el único medio que había para salir del apurado trance, haciendo felices al mismo tiempo al padre y al hijo; y entonces ó nunca debía decir: «Acepteme usted como esposo y estamos salvados.» Pero el joven no quería aprovecharse de aquella situación, porque después le parecería siempre que Susana había cedido por compasión y no por amor. Para él era claro que ella no le amaba entonces con la pasión que á una mujer debe inspirar el hombre á quien elija por esposo; y su deferencia para Walton era la prueba más evidente de ello. Debía esperar, pues, á que desapareciese toda rivalidad, manteniéndose en los límites de la prudencia hasta que Susana decidiera de por sí.

Si él hubiese pronunciado las palabras que tenía

en los labios, y si era cierto que el amor de la joven se inclinaba en favor de Walton, se le censuraría después por haberse aprovechado de su ansiedad. No quiso, pues, dar á conocer la verdad de los hechos á fin de que Susana pudiera hacer su elección libremente, sin que nada influyese en lo más mínimo en aquélla.

La dulzura de las palabras de Susana, su expresión y su evidente ansiedad le tentaban á decirlo todo claramente; mas al fin consiguió dominarse.

—Gracias, Susana, contestó con una triste sonrisa; agradeceremos el auxilio de usted y ya tendré cuidado de avisarla cuando se necesite; mas apenas sabemos nosotros aún qué hemos perdido. De aquí á pocas semanas nos lo notificarán, y entonces usted lo sabrá también.

—Lo daré todo por amor á Job, dijo Susana con calor.

—¿Y por mí?, preguntó Miguel.

—¡Oh! Por usted también; yo cuento á los dos. Estas palabras consolaron á Miguel, y se despidió sin haber dicho la verdad.

XXIV

EN LA BALANZA

Es un singular problema de la naturaleza humana, problema que nuestra filosofía no ha podido resolver aún satisfactoriamente, la facilidad con que dos amigos llegan á separarse con frecuencia, aunque cada cual tiene completa confianza en el otro, y por hacerle justicia no perdonaría ningún sacrificio personal. Esta era, poco más ó menos, la posición de Miguel y de Susana.

El joven Hazell deseaba ser bondadoso para ella, protegerla y ayudarla en todo cuanto lo permitieran sus medios y buena voluntad; Susana procuraba hacer lo mismo, mostrándose deseosa de ayudarle en todo lo posible y hacerle comprender que se identificaba con él y con su padre hasta el punto de considerar como suyas propias las pérdidas que ellos sufrieron. Si Miguel la hubiera hablado claramente, según fué su primer impulso, es probable que hubiese contestado «sí;» pero Miguel no quería un consentimiento otorgado en tales condiciones; deseaba obtenerlo espontánea y libremente, ó renunciar á él.

Susana estaba tan dispuesta á ceder á cuanto el joven hubiera solicitado, que ahora la irritaba que no hubiese pedido cosa alguna, privándola de la oportunidad de probar hasta qué punto llegaba su deseo de ser útil. Miguel comprendía que Susana no estaba satisfecha de él, y que él tampoco podía estarlo de sí mismo. Algunas palabras habrían sido suficientes para arreglarlo todo; mas no se pronunciaron, y he aquí cómo dos personas igualmente deseosas de seguir siendo buenos amigos iban á separarse casi como enemigos.

«Ese hombre es insoportable,» dijo para sí Susana al entrar en su cuarto; y con febril impaciencia abrió su pupitre para escribir una carta y decírselo así á Miguel, ó por lo menos indicárselo.

Entre sus papeles encontró otra vez el capullo que el joven arrojó en un momento de impaciencia el día en que trataba de explicarse; estaba arrugado ya, aunque retenía algo de su perfume, y Susana lo cogió para arrojarlo por la ventana; pero así como la primera vez en que quiso hacer lo mismo, cambió de idea, y guardólo en un rincón del pupitre como si fuera algún recuerdo precioso.

Después, Susana comenzó á escribir su carta, pero no con tanta cólera como la que manifestara en un principio, y hasta vaciló en las primeras palabras; mas al recordar cómo se había abstenido el joven de la confianza que ella esperaba, como si ella fuese una simple conocida, siguió escribiendo con la velocidad de la indignación. Díjole claramente que su conducta era inicua: que había apreciado más de lo debido las amistosas relaciones existentes entre ellos; que á no haber prohibido el doctor toda conversación sobre el asunto con Job, iría á pedirle todos los detalles sobre su pérdida; que ahora se veía privada de toda confianza, lo cual era muy sensible, atendido el interés que le inspiraban los asuntos de su tío; y por último, que ella no merecía ser tratada de aquel modo.

Susana firmó con mano segura, sin poner las acostumbradas frases de cumplido, sin detenerse á reflexionar cuánto más expresiva era semejante omisión que las palabras convencionales; puso la carta en un sobre, y después, apoyando los codos en la mesa, quedó sumida en profunda meditación.

De repente rasgó la carta, y redujola después á diminutos fragmentos; y no queriendo que Sara los viese, comenzó á pensar dónde los ocultaría: mejor era destruirlos de una vez, y no teniendo fuego ni

fósforos en su cuarto, se fué á la cocina. Allí estaban las dos sirvientas, y algo avergonzada, sirvióse de un pretexto para que la dejaran sola un instante. Apenas hubieron salido arrojó los fragmentos en el fuego, y como había formado con ellos una bola, quiso acumular los carbones encendidos encima para que se consumiera antes. En aquel instante creíase tan culpable como si hubiese quemado un testamento.

—¿Por qué revuelves la lumbre de esa manera, Susana?, dijo una voz. ¿No ves que me lo desbaratas todo?

Era Sara, que miraba á su prima con el mayor asombro, tanto más cuanto que era cosa muy rara que Susana entrase en aquel sitio.

—No he venido á revolver el fuego por capricho, contestó Susana; es que...

—¿Qué?

—Nada, ó muy poca cosa; el caso es que escribí una carta de enojo á persona que no la merece; mas por fortuna cambié de idea oportunamente, y he venido á quemar mi epístola para no acordarme más de ella.

Y después de revolver una vez más el fuego con vigorosa mano, Susana salió de la cocina, mientras que Sara la contemplaba inmóvil.

«Esa carta—pensó—escrita con tanto enojo, sería para Walton, y mi prima ha dicho que no la merecía. ¡Cuánto debe amarle!»

Entre tanto, Miguel pensaba que lo que él hacía no era un sacrificio, sino una restitución, y parecía indudable que si acaso se hubiese sometido ante un tribunal, éste habría decretado lo que él estaba resuelto á realizar. Procediendo así evitaba muchos gastos por ambas partes y no pocos disgustos á Susana, que en su concepto no debía perder ni un céntimo. Poseído de esta idea, congratulábase de hacer acto de justicia de la manera más breve y rápida.

Tal vez Susana llegaría á saber algún día la verdad, y era muy probable que censurara su proceder; pero al menos sería preciso confesar que había quedado libre de elegir esposo sin que nadie tratara de ejercer sobre ella la menor presión por el cambio de fortuna. Este era el punto esencial para Miguel, y no se detuvo á reflexionar hasta qué punto influía su vanidad en semejante conducta; mas aunque se lo hubiese preguntado, seguramente no hubiera podido contestar. Mientras le fuera posible, procuraría que Susana no supiese la menor cosa sobre lo que había hecho, aunque otorgase su mano á Walton.

En su concepto, no solamente era esto posible, sino muy probable, y si el hecho se realizaba, procuraría seguir la carrera de su vida tranquilamente, satisfecho de haber pensado en la felicidad de Susana antes que en la suya propia. Sin embargo, á pesar de estas generosas resoluciones, había resentimiento en su corazón, y hubiera querido no ver más á su rival ni á Susana, para dominar mejor sus emociones. Esto era difícil, porque su auxilio se necesitaba á menudo; y por otra parte, las ligeras diferencias que á veces se suscitaban entre él y la joven carecían de importancia, asemejándose á las que suelen mediar entre dos hermanos, pues cuando volvían á verse hablaban como si nada hubiese sucedido.

En cuanto á Walton, había sido muy feliz el día que acompañó á Susana á casa de Job, y á no ser por la imprevista marcha de la joven mientras él jugaba al ajedrez, habría creído segura la victoria; pero después pensó que Susana no le había tratado con las debidas consideraciones, ni agradecido sus sacrificios.

¿Acaso no había él arrojado la cólera de sus hermanas solamente por amor á ella? ¿No había renunciado casi á todas las diversiones propias de la juventud, y particularmente á las carreras de caballos, que eran su mayor goce? Y como si esto no fuera de agradecer, Susana le trataba como si nada hubiese hecho para probar su sincero amor. Resentido de semejante proceder, pensó un momento que tal vez fuera lo mejor renunciar de una vez á la mano de Susana; mas luego reflexionó que se expondría á las burlas de su familia y que se reirían de él.

«No—se dijo,—yo debo arreglar este asunto de una vez, porque si me marcho dejando el campo libre para Miguel, Dios sabe lo que sucederá durante mi ausencia.»

También le era dado quedarse en su casa, importándole poco lo que su hermana Elisa pudiera decir por faltar á su promesa; pero se le reservaba un sitio en el factón del Sr. Montague Lewis para ir á las carreras, y no quería perder de ningún modo la buena oportunidad de divertirse.

Por otra parte, dejando el campo libre á su rival, exponíase á perder la mano de Susana; pero, en fin, correría el albur, y tal vez le fuera posible volver á tiempo para evitarlo.

(Se continuará.)

LA RISA TRIUNFANTE.—EL PRIMER SALÓN DE CARICATURAS DE MADRID

En estas tardes grises, angustiosas, de inacabable lluvia, guió entre un otoño centella, que muere, y un invierno largo, que nos trae inundaciones, guerras y crueldades entre los mismos hermanos, y dramas



¡Vaya cardo!, por Montagud

inconcebibles del hambre, algo inesperado va á mitigar nuestra desventura, nuestros acerbos dolores y tristezas.

¡Oh canción de la alegría, quién pudiera entonarte de continuo, y que muchos hombres experimentados en el mejor vivir no dejaran reposar un día y otro su ingenio, su humorismo y nos lo mostraran como hoy lozano, exquisito y de bella y original manera!..

Vengan mis jóvenes artistas y rían como ahora en su edad dorada, y sea su risa ironías que recuerden las del divino Goya en sus «Caprichos,» fuerte, orgullosa y escéptica, y que ellos sin descanso nos guíen al único sendero por donde hemos de encaminar nuestras pobres vidas, mejor para pasadas en amable risa que en infausto duelo. Reír siempre como el filósofo maestro os aconsejó y lo practicó como mensajero de la alegría. ¿Por qué hemos de llorar y amilanarnos? No haya, pues, penas profundas, que todo va bien y muy divertido en el mundo. Recordad, si no, en toda desesperanza que os salte al paso á Nietzsche, á Larra, á Goya, y más cerca aún y en vuestro campo de la caricatura moderna, á Tomás Lengó. Que sea nuestra alegría digna hermana de la que tuvieron aquellos profundos pensadores, siempre alegres hasta en sus más serios trances.

Y ya era una leyenda de mala especie que os molestaba: ¡afirmar, gente ignorante, que melancólicos os moríais sin remedio! ¡Decir, como cosa cierta en todas partes, que la juventud intelectual, los nuevos artistas, ya de serios habían pasado á ser téticos y aburridos! ¡Suponer, por último, que ibáis cubiertos con ropas negras y con abundosas melenas, porque habíais enterrado las juveniles ansias, y vuestro espíritu, muerto sin haber gustado la vida, que en verdad sabéis todos, no vale lágrimas, ni suspiros, ni es cosa tan deleznable—digan lo que quieran los poetas llorones y enfermizos,—sino la más pintoresca mascarada que nos puede divertir y confortar!

¡Los enfermos de espíritu! Tenedles lástima y rogad al cielo que los transforme, que sanen cuanto antes y nos acompañen en este coro donde nos desternillamos de risa subyugados por la gracia nueva de quince ó veinte caricaturistas españoles tan notables como jamás los hubo desde Goya acá.

Y en el elegante salón recién abierto reina la alegría. Allí se ve admirando las obras expuestas á un público distinguido é inteligente. Las damas de nues-



Las tres damas por Gómez del Fresno

tra aristocracia, divertidas con lo que ven, emiten en alta voz sus juicios.

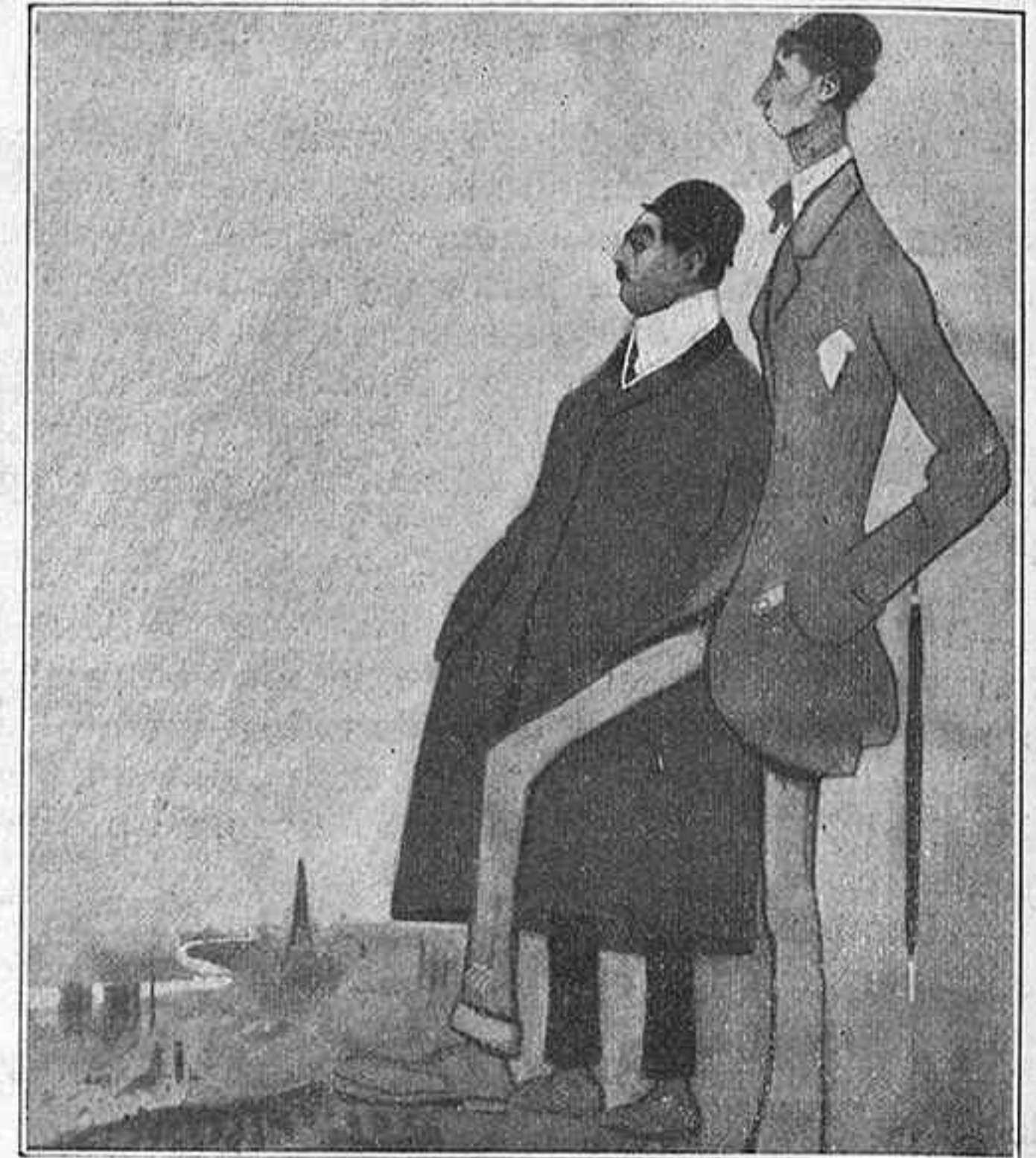
—¡Venid, venid!, exclaman. ¡Son ellas! ¿No las conocéis?

—Si son las tres marquesas que más bullen en la corte.

—¡Qué bien están!

popular caricaturista que con el escultor Alcoberto —el hijo del conocido maestro—ha organizado esta Exposición?

—Sí; yo le compraría á este artista las caricaturas del rey de Bélgica y de Valle Inclán.



Cardona y Opisso, por Opisso

—Sigamos. Mira estos cuadros de Sancha, y estos otros de Tovar, y estas aguas fuertes de Baroja.

En pocos instantes se ha llenado el salón de un público curioso. Fórmanse grupos de artistas estimadísimos, de diputados, de esportmen.

—¿Cuánto vale esta obra?, preguntan al encargado.

—Mil pesetas..., quinientas..., cien...

Nos reímos de todo y de todos; risa es la nuestra franca y sincera al contemplarnos tan perfectamente caricaturizados en estos agradables cartones. Lector, yo me río de mí mismo; sí, llevo mi vista á la caricatura que expone Sancha, y veo las guías de mi pequeño mostacho, mi labio caído y mis dedos de momia. Ríete tú también, lector.

¡Este traje, esta corbata! ¡Cuántos recuerdos de días muertos!..

Y como á mí me sucede, seguramente que se reirán también las tres empingoradas marquesas aludidas ya, al verse exageradas por el caricaturista Fresno en sus rasgos fisonómicos más salientes y aliñadas tal y como las conocemos los de aquí. ¿Y á mi incomparable Hoyos, depurado artista que ha vivido, por su gusto, en todos los medios, según él afirma, y es verdad, y ha gustado de todas las mieles, no se reirá de verse bien cogido en sus más típicos, señoriales y graciosos movimientos de caballero elegante? ¿Y otros literatos y artistas de la misma manera no se reirán al contemplarse tan imperfectos, dando así con sus burlas ejemplo á la sencilla multitud que los admira y rodea?

Sí, riamos todos. También ante las escenas de la vida alegre del Madrid picaresco, ante estos bailes de modistillas, tan bonitas como graciosas, que juran sus amores al compás de una habanera, cuyas notas casi las escuchamos en el salón al aproximarnos á los bellos cuadros de Robledano, Peña y Ramírez.

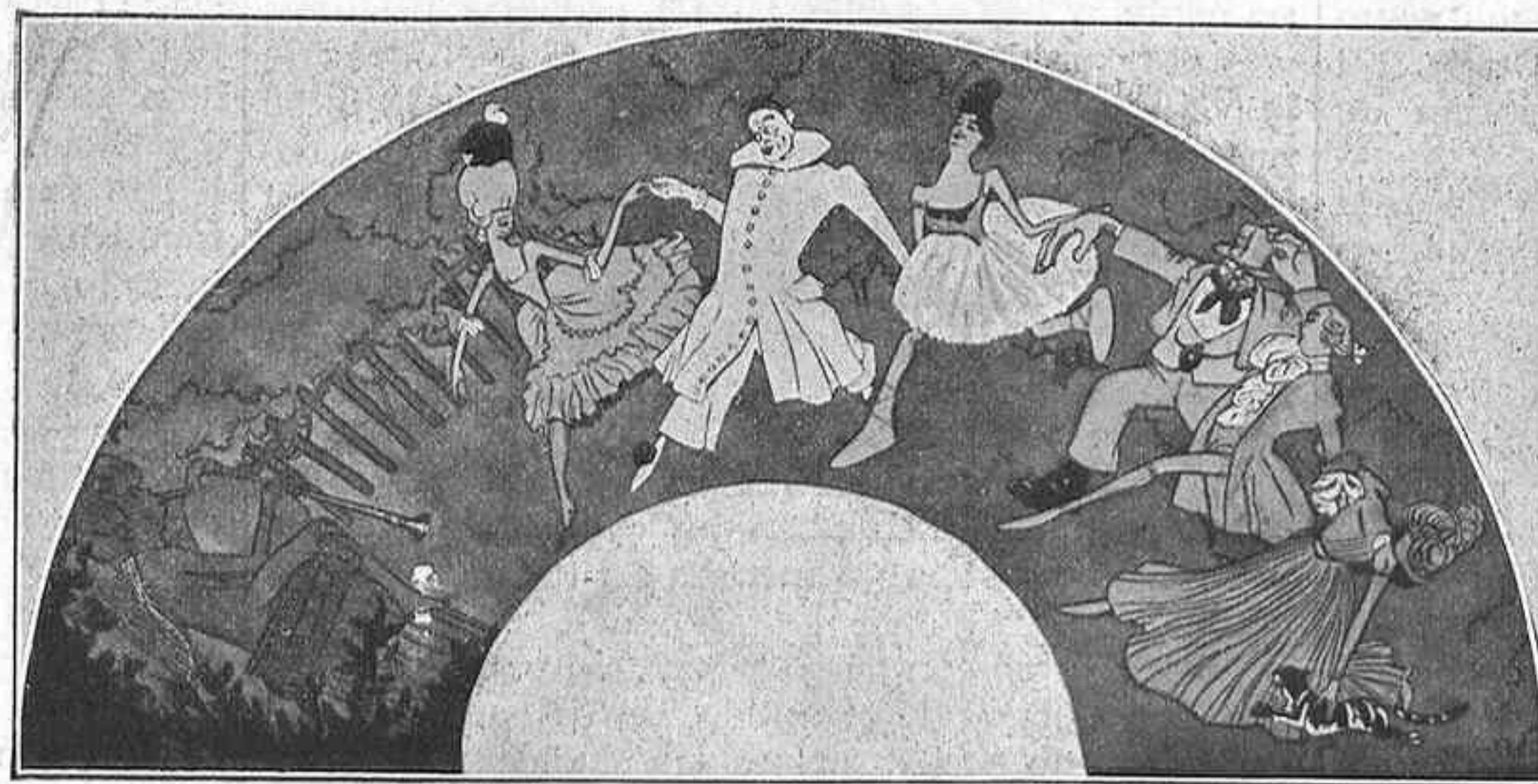
Ha sido la apertura de este primer salón de caricaturas el suceso artístico más agradable de estos últimos años. Y en esta exposición, que muestra en su más grande apogeo la caricatura española, con un adelanto digno de los mayores elogios—puesto que casi todos los trabajos que se exponen no desmerecen si los comparamos con los de Forain, Steinlein,



De monos, por Xaudaró

—¡Admirables!
—¡Esto es maravilloso!
—Oye: ¿has visto la caricatura de Antoñito de Hoyos?

—¡Cuánta finura y gracia!
—Es un gran acierto de Mugano.
—¿De quién son estos cuadritos?
—Del joven Ramírez, un caricaturista originalísimo y de talento.



Abanico, por Elías Feliu (Apa)

—¡Qué gracia tienen este baile chulo y el paisaje simbólico de este autor!

—¿Has visto las obras de Montagud, notable y

adelanto digno de los mayores elogios—puesto que casi todos los trabajos que se exponen no desmerecen si los comparamos con los de Forain, Steinlein,

Favre, Caran d'Ache, Stuck y otros famosos maestros del extranjero,—las obras enviadas guardan cierta especial armonía de espíritu y procedimiento, que es en resumen lo que más nos cautiva. Diríase que los cultivadores de este difícil género, cada cual en su celda, creen en un mismo dios, que es el natural, fuente inagotable del verdadero arte, y nos muestran primores de ingenio y observación.

Así el gran Solana—más pintor que caricaturista,—asegura por su palabra de honor que las capeas bárbaras de los aldeorrios son tan chuscas como las

trozos admirables que acreditan el talento de tan excelente pintor.

Bagaria ha caricaturizado, con su estilo original,

lástima que tan estimable artista, que tiene gracia y talento, no traiga cosas nuevas y que difieran de la crítica menuda del Senado y Congreso, que ya á nadie interesa.

Montagud, ya han dicho nuestras damas aristocráticas cuáles son sus dos mejores obras: el rey de Bélgica y Valle Inclán. Tiene también este joven unas esculturas humorísticas que están muy bien. Montagud, de unos años á esta parte, ha adelantado mucho é irá lejos.

De Robledano, Moyano, Peña y Ramírez y Smith y de sus nuevas caricaturas, que son muchas y bue-



Agua fuerte, por Baroja



Fernando Díaz de Mendoza, por Gómez del Fresno



Su primer amor, por Montagud

vemos en sus cuadros sin sol. Y Robledano dice que son más graciosas todavía y que tienen más luz. Y el artista, con amores de padre, nos explica su sugestivo cuadro.

Triunfo grande es este primer concurso de caricaturas de Madrid para todos los jóvenes expositores—el que más, como el insigne catalán Apa, no suma treinta abriles,—que han reunido trescientas obras y en los elegantísimos compartimientos de la casa Iturriz las muestran desinteresadamente, sin sueños en premios oficiales ni en ventas abundantes.

Montagud, Alcoberro, su revista *Por el Arte* y la casa Iturriz merecen los mayores aplausos de los artistas y del público todo, que se encuentra muy divertido.

Pasemos ahora á decir á los lectores cuatro palabras que sean como extracto del catálogo de esta Exposición y guía de lo que puede ver.

Brunet expone seis ú ocho obras. Ya conocéis el estilo de este artista y su afición á la crítica política. Lástima que la actualidad, pasada ya, quite interés á sus trabajos.

Afedece, por otro nombre Cidón, presenta dos obras que están muy bien y son por los inteligentes celebradas. En la titulada *Modas de París* encuentro

una reunión de café, donde se observan tipos consistentes.

Apa es uno de los caricaturistas más celebrados en este concurso. Es un maestro que domina todos los géneros. Un Cristo, un paisaje de abanico y un cartel son sus obras más bellas.

Junceda, en sus cinco ó seis obras, vese que sigue con fortuna la fuerte escuela del anterior notable artista.

Merelo, que vive en París, ha mandado al primer salón dos cuadritos muy graciosos. Están bien de dibujo y de color.

Cornet y Opisso, de la misma manera, presentan caricaturas correctísimas.

Karikato unos asuntos militares soberbios; su retrato del general es admirable.

Verdugo otra notable escena de café, sólo que aquella de Bagaria es de literatos y la del artista malagueño es de gente de la clase media con colorines y todo.

Xaudaró expone tres cosas. Yo le felicito por *La embajadora china*, que es una escena pintoresca y bien observada.

Sileno, el caricaturista político de Madrid, nos presenta dos ó tres de sus más celebrados trabajos. Es

nas todas, hablaríamos, si espacio tuviéramos, extensamente. Estos cinco artistas, que no han cumplido aún los veinte años, penetran con gusto exquisito en el nervio de las cosas y nos descubren el detalle que está bien lejos de lo vulgar y del alcance de las medianías. Todas sus obras son bellas, graciosas y modernas. Las gentes las celebran y los inteligentes ven en ellas augurios de mayores éxitos.

Tovar, uno de los primeros caricaturistas de España, expone algunos originales que habíamos ya aplaudido. Son estas obras interesantísimas y caricaturas personales de intensa verdad.

Y por último, colocados hay en este salón dibujos muy estimables de Almoguera, Avrial, González, Fernández Martí, Ibáñez García, Jariña, Llaverías, Mampou, Chacón, Ros, Sojo, Lozano, Pérez, Cabrerizo, etc., etc.

Y de Ricardo Baroja dos aguas fuertes admirables como todo lo suyo, y de Capiello, el italiano, cuatro ó seis trabajos interesantes; y de Tomás Lengó, el insuperable maestro á los diez y nueve años en que murió, una composición que yo guardo y he llevado al Concurso á instancias de todos los mejores artistas de hoy, que son admiradores y discípulos del llorado caricaturista.—MANUEL CARRETERO.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.



Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal *
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.



París.—M. Remond andando sobre el agua en el aparato de su invención, en el lago del Bosque de Bolonia
(De fotografía de M. Rol y C.^a)

Hace pocos días los concurrentes al Bosque de Bolonia pudieron ver á un caballero que andaba sobre el lago, con la misma soltura que si se pasease por la avenida de las Acacias. Era M. Remond que efectuaba los ensayos de un aparato de su invención, que le permite deslizarse y moverse con entera soltura sobre las aguas, según puede verse en la fotografía adjunta.

El aparato consiste en dos patines de forma alargada, de unos dos metros y medio de largo con las proas muy encorvadas hacia arriba.

Las pruebas dieron excelente resultado, y no sería extraño que ese invento diese lugar á un nuevo deporte que representase respecto de las superficies líquidas lo que el de las carreras de *skis* en las superficies heladas.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS
R. St-Denis, 16

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN